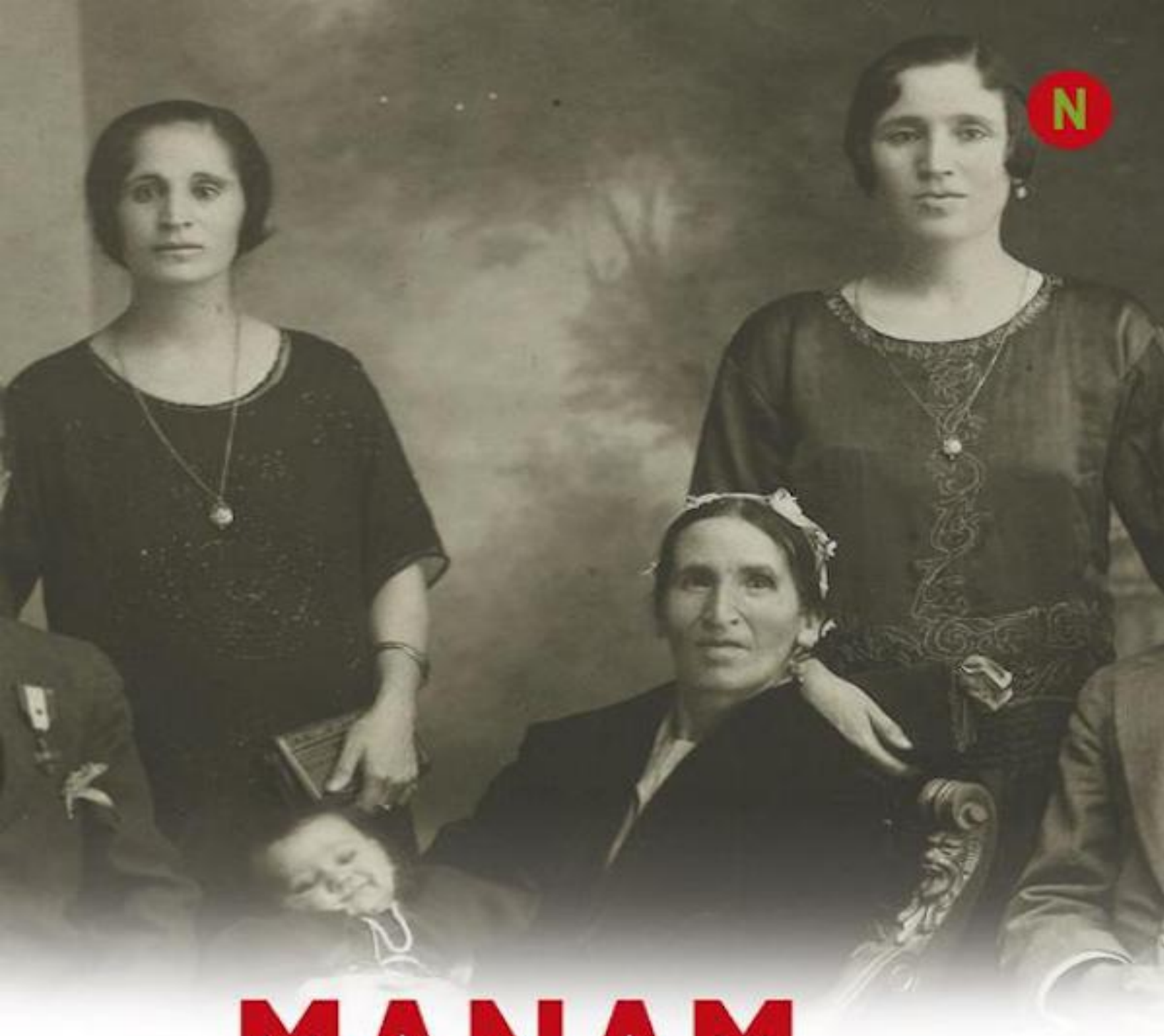




MANAM

Rima Elkouri

TIEMPO de PAPEL
ediciones

MANAM

RIMA ELKOURI

Traducción de Iballa López Hernández

TIEMPO DE PAPEL EDICIONES

Título original: Manam
© De la edición en francés: Les Éditions du Boréal, 2019
© Foto de portada: archives de la famille Karazivan
© De la edición en español, Tiempo de Papel Ediciones, 2021 C/ Polo y Peyrolón, 146021
Valencia
info@tiempodepapelediciones.com

Traducción: Iballa López Hernández
Diseño y maquetación: elmorenocreativo.es
Agradecemos el apoyo financiero de la SODEC a la traducción de este libro.
<https://sodec.gouv.qc.ca/a-propos/logos/>

ISBN: 978-84-09-32456-9
Dep. Legal: V-1333-2021
Primera edición, junio de 2021.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal).

PRÓLOGO

LA PALABRA GENOCIDIO

Armenia, en el año dos mil veintiuno del tercer milenio, 106 dG¹: este prólogo se escribe mientras se enfrían los cadáveres del ataque azerí a Nagorno Karabaj, que tras cuarenta y cuatro días de muerte teledirigida en forma de dron y de parálisis internacional, es ahora otro mordisco del lobo a la patria armenia, que se desangra una vez más. También es el año en que ultranacionalistas turcos cazan armenios en las calles de Francia, y el mismo de la inauguración de un parque temático del horror en Bakú, que exhibe grotescas figuras de soldados armenios muertos o agonizando para que niños y adultos se hagan fotos con ellas —simulando, por ejemplo, estrangular-los—, o paredes de cascos arrebatados a los armenios caídos a modo de trofeo. Una atrocidad digna de aparecer en el esca-lofriante Le ParK de Bruce Bégout, aunque en este caso, real.

Ha pasado ya más de un siglo del primer genocidio del siglo XX, el perpetrado por los Jóvenes Turcos en 1915 que acabó sistemáticamente con entre un millón y medio y dos millones de vidas armenias, y todavía son pocos los países que llaman a las cosas por su nombre: «genocidio» (tal y como lo definió el judeopolaco Raphael Lemkin a principios del siglo pasado). Joe Biden se ha referido a este inconmensurable crimen como «genocidio» aprovechando el funesto aniversario de los he-chos. Países como España o Israel, sin embargo, rehusan hacerlo. Es importante hablar de ello y llamarle «genocidio» porque lo que no se nombra, poco a poco se diluye en las nieblas de un presente que sucede más rápido que nunca, y además es el primer paso para cicatrizar una herida inmensa, profundísima, que atraviesa de parte a parte toda una nación que lucha desesperadamente por retener lo que queda de sus tierras ancestrales, allí mismo, in situ, y desde la diáspora.

Manam, de Rima Elkouri, es una historia valiente en esta época de silencios atronadores; atribuyen a Hitler el haber tranquilizado a sus cómplices, apelando a la indulgencia olvi-dadiza, con la pregunta: «¿quién recuerda el exterminio de los armenios?». Mientras esto se escribe, las tropas azeríes tratan de cercar y aislar el territorio soberano de una de las naciones más antiguas del planeta, mientras el mundo cacofónico de esta era, precisamente en este tema, calla a su manera, saturando la realidad de ruido indiferente: la actual Armenia hunde sus raíces en el reino de Urartu, y en las edades legen-darias de Noé varado en el Ararat, monte-espíritu del pueblo armenio que ahora se levanta imponente a la otra parte de la frontera más cruel. Se dice en la novela: «Más que palabras, somos nuestros silencios». En Manam existe la memoria de las laceraciones y desgarros más hondos y dolorosos, y el silencio como coraza para la

supervivencia, que ha acompañado en demasiadas ocasiones a quienes sobrevivieron bajo el ala fatal y amarga de sus verdugos; supervivientes obligados (so-bre todo obligadas), a convertirse a imagen y semejanza del monstruo para arrastrar una vida a la que se le había arranca-do todo salvo justo eso, la vida, una existencia tozuda que a veces, incluso contra la voluntad de su protagonista, se em-peña en salir adelante, en sanar, en seguir, en construir más vida pese a la sombra perpetua de la desolación, el volumen opresivo del vacío en el pecho y el lastre devastador de lo que no se cuenta.

No conocer historias como las de Téta, de Manam, o el propio genocidio armenio, no es extraño: el pueblo armenio, pese a su obstinación por salir adelante, a su empeño extraor-dinario por mantener viva su cultura, su lengua, su alfabeto creado por el sabio santo Mesrop Mashtots, se encuentra en gran medida fuera de su casa caucásica: de los once millones de armenios que hay en el mundo solo tres residen en el país. El silencio, por otro lado, es un territorio inmenso y pobladísimo. Quien haya querido leer en español sobre la armenidad habrá comprobado las dimensiones del silencio en este idioma, por eso Manam es una historia tan valiosa, por los ecos de los que se nutre y por la forma brillante en que han sido escritas estas reverberaciones, que hoy en día todavía buscan quien las escuche y quien las lea. Pero Manam no es solo Armenia: Manam es Siria, y todas las vidas que su-cumben y también las que escapan a la destrucción humana cataclísmica, lo uno y lo otro, porque no hay tal cosa como la justicia o el equilibrio, salvo quizás a escalas no humanas, y esas nos dan forma, pero no las percibimos, al menos, de forma consciente: Manam es el ayer y el mañana, el recuerdo y la esperanza, proyección futura. Necesitamos un futuro que no sea una sucesión de estos presentes, y necesitamos seguir hablando y escribiendo acerca de Armenia como ha hecho Elkouri, hablando y escribiendo cada vez más acerca de la nación que el pueblo armenio llama Hayastán, porque su memoria no es solo suya sino que también es nuestra.

Eduardo Almiñana de Cózar València, junio de 2021

A la memoria de nuestras Tétas

Tiempo suspendido campanas y campanillas del cuello de los vientos Una campana dice: mata tus recuerdos antes de que ellos te maten a ti Otra dice: retén la memoria solo para transformarla en fuente *Adonis, Prends-moi, chaos, dans tes bras*

Lo único que nos importa son los caminos.
Amin Maalouf, Orígenes

1

Téta contaba la historia de un médico del Levante que un día vio llamar a su puerta a los padres de un muchacho melancólico.

El muchacho estaba convencido de llevar permanente-mente una vasija en la cabeza. Vivía como si aquella vasija imaginaria fuera real. Jamás entraba en una habitación de techo bajo. Caminaba a paso lento, con la cara muy seria y la espalda bien recta para evitar que la vasija se le cayera y terminara hecha añicos. Rehuía las multitudes y las fiestas.

—Pero, habibi, todo está en tu cabeza...

Sus padres habían intentado que recuperara la cordura. Lo llevaron al médico en numerosas ocasiones. Pero no hubo manera de que entrara en razón. Hasta el día en que conocieron al doctor Al-Zamân en el bimaristán.

—Ayúdenos, doctor, se lo suplico.

El bimaristán es el precursor del hospital psiquiátrico. En persa, bimar significa «enfermo», e istan, «lugar». Desde el siglo X, en él hallaban refugio las almas agitadas de Oriente. Uno de los más antiguos del mundo se encuentra en Alepo, no muy lejos de la casa donde vivió mi abuela: el bimaristán Argún. Debería decir «se encontraba», porque ha quedado prácticamente reducido a cenizas a causa de la guerra. Pero digo «se encuentra», pues la memoria es un país en sí misma. Un jardín soberano donde pervive lo que creíamos marchito.

En la Edad Media, en los bimaristanes se acogía a los «lo-cos» con humanidad. Mientras que en el Occidente medieval se trataba con dureza a esos enfermos a los que a menudo se creía poseídos por los demonios, en Oriente los colmaban de cuidados. Formaban parte del tratamiento el baile, el teatro y la música, que se consideraba especialmente útil para sanar la melancolía. Tampoco se dudaba en recurrir a las fábulas y a la poesía a fin de serenar a los pacientes. El ritual del hamam, el perfume de las flores, la armoniosa arquitectura, el relajante rumor de las fuentes..., todo ello contribuía asimismo a la curación.

El doctor Al-Zamân escuchó a los padres del muchacho atentamente. Luego les dijo:

—Pedidle a vuestro hijo que vaya a verme a mi casa.

El doctor tenía un plan. Antes de la visita del paciente melancólico, mandó llamar a un criado.

—Cuando el enfermo llegue, te haré señas discretamente. Entonces cogerás un palo grande y lo agitarás alrededor de su cabeza, simulando romper la vasija que cree llevar.

Llamó a otro criado.

—Prepara una vasija en la terraza. En cuanto veas al otro criado agitar el palo por encima del

melancólico, tira la vasija al suelo.

El plan se llevó a cabo el día en que el paciente melancólico entró en casa del doctor Al-Zamân. El médico conversó con el joven enclenque de mirada atormentada. Lo escuchó-con benevolencia antes de declarar en un tono solemne:

—Debo romper esa jarra y librarlo de ella.

El doctor Al-Zamân dirigió una señal discreta al primer criado y este hizo girar un palo por encima de la cabeza del enfermo, como si golpeará la vasija imaginaria. Desde lo alto de la terraza, el segundo criado arrojó al suelo una vasija de verdad y esta se estrelló con gran estrépito.

El paciente sanó de la melancolía en el acto y pudo marcharse con paso rápido.

Hay días en los que me siento como ese melancólico con su vasija imaginaria. De nada sirve decirme que no existe. Es preferible romperla con estrépito.

2

Me hubiera gustado que Téta me esperara para morir. Pero enseguida comprendí que eso sería imposible.

Los mensajes de mi madre eran cada vez más lacónicos. El último lo decía todo sin decir nada. «Está en cuidados paliati-vos. Llama cuanto antes si quieres hablar con ella. Besos». No hizo falta que añadiera «por última vez». Se sobreentendía.

Así son las cosas entre nosotras. En realidad, cuanto menos decimos, más habría que decir. Nuestros silencios son cajones con doble fondo.

Estábamos en julio. Acababa de montar la tienda de campaña en Bodega Bay, a unos cien kilómetros al norte de San Francisco, cuando me enteré. En el fondo ya lo sabía. Mi abuela iba morir en aquel hospital de Montreal en el que yo había nacido. Ella había asistido a mi nacimiento. Pero yo no podría asistir a su muerte.

Soplaba un viento agradable. La bruma envolvía el paisaje. Necesitaba vaciarme la cabeza, sola frente al mar. O llenarme-la de otras cosas, ya no estoy segura. En cualquier caso, eso no sucedería.

El día anterior había tenido un mal presentimiento. Mientras deambulaba por la playa desierta había visto un par de buitres afanándose sobre una carcasa de animal. Eran horro-rosos y terroríficos, con aquella cabecita blanca, como injer-tada en el cuerpo negro demasiado grande. Parecían pollos con un disfraz de tipos duros. El efecto estaba bien logrado.

Me pareció que los molestaba. Aquel era su acantilado. Se quedaron mirándome unos instantes antes de volver a la carcasa. Desanduve el camino acelerando el paso. Con el corazón en un puño, pensé en la película Los pájaros de Alfred Hitch-cock. La habían rodado en Bodega Bay. El azar no siempre hace bien las cosas.

Al anochecer, sola en mi tienda de campaña, traté inú-tilmente de conciliar el sueño. Pero en cuanto cerraba los ojos, aparecían ellas. Rapaces alrededor de mi carcasa. Al alba, cuando por fin conseguí adormecerme, la vibración del móvil me sacó del sueño.

«Llama cuanto antes si quieres hablar con ella. Besos.»

Abrí la cremallera de la tienda de campaña. El aire era fresco. El sol se alzaba sobre la bahía practicando surcos en la bruma.

Marqué temblando el número de móvil de mi madre. Tenía la voz tranquilizadora de los días apacibles. Pese a que velaba a Téta día y noche, parecía imperturbable. Pero yo sospechaba que no era más que una fachada.

—Yala, habibti, te paso con Téta. Precisamente estaba esperando tu llamada.

¿Qué se dice a quienes amamos cuando sabemos que no volveremos a verlos?

—Chlonek ya Téta?

Siempre me ha gustado la poesía de esa expresión que los alepinos emplean para preguntarle a alguien cómo está. Chlonek significa literalmente «¿de qué color eres?».

Al otro lado de la línea, su voz no era la de una moribunda. No era una voz opaca, sino la suya habitual. Una voz llena de todos esos colores que tanto me gustaban. La que habría podido utilizar para describir con grandes pormenores su receta de mermelada de pétalos de rosa, un partido de hockey o un espléndido traje de noche antes de colgarme el teléfono sin más preámbulos, como solía hacer. Una voz reconfortante que no deseaba morir.

—Chlonek ya Téta?

—Procuro portarme bien... Te echo de menos. ¿Dónde es-tás, habibti?

Me sentía tan lejos...

—Estoy mirando el mar mientras hablo contigo. Si vieras lo bonito que es...

Ella quería ver, era lo único que pedía.

—Amerka helué... Estados Unidos es tan bonito. ¿A qué distancia estás de San Francisco?

Me hizo preguntas muy precisas sobre el viaje, como si, en un pronto, le hubiera dado por hacer las maletas para reunirse conmigo.

Fue curiosa hasta el último aliento. Sabía muy bien que la muerte aguardaba impaciente detrás de su puerta. Pero ella se negaba a convertirla en su horizonte.

Yo también me negaba a aceptar la idea de que aquella era nuestra última conversación.

—Ya queda poco para que vuelva a Montreal. Menos de una semana...

—Dices «ya queda poco». Pero a mí se me hace tan lejos...

—Ra el ktir behi el alil —le contesté yo—. Lo más largo del viaje ya está hecho, no queda nada.

La oí soltar una carcajada. Mi árabe macarrónico siempre le había hecho gracia. Pero en esa ocasión era como si se riese por no llorar. Como si quisiese decir: ¡Pues sí, menuda sorpresa! A mis ciento siete años voy a morir. Yala, no lloréis, por lo que más queráis. Sed felices. Y guardaos las lágrimas para lo que de verdad importa.

Nuestra conversación terminó con una gran carcajada. Colgué mientras observaba las olas que rompían contra las rocas. Al día siguiente, con las primeras luces del alba, a Téta dejó de latirle el corazón. A mí se me encogió. Tomé el primer vuelo a Montreal para asistir a sus exequias.

3

Empecemos por el final. Hoy ha muerto Téta.

Se ha apagado en este país que se convirtió en el suyo mientras Siria, que ella tanto amaba, también muere.

Ha muerto en paz, tras una vida larga y hermosa. Como es natural, la gente se exilia para vivir en paz. Pero, en cierto modo, ¿no lo hacen también para morir en paz?

Todavía me parece verla encendiéndose un cigarrillo con un gesto grácil y pausado. La oigo repetir las palabras de Jalil

Gibrán. «Cuanto más profundo ahonde el pesar en vuestro corazón, más alegría podrá contener.»² Para ella la alegría solo era tristeza sin máscara.

Vivió ciento siete años a caballo entre dos universos. La mitad de su vida en Oriente, la otra mitad en Occidente. Una vida como un puente que se eleva entre dos orillas, sobre unos rápidos embravecidos.

De niña vio lo que no debería ver ningún niño. Podría haberse pasado la vida lamentándose. Podría haber cultivado el odio eternamente. Sin embargo se aferró al silencio y a la esperanza. Como si tuviese la íntima convicción de que los recuerdos que acallamos no nos matan.

Hay silencios de negación que regocijan a los verdugos. Silencios asesinos. Hay otros que depositamos sobre las palabras como piedras de sabiduría. Silencios sin los cuales no sería posible la supervivencia. Envuelven el dolor y le impiden escapar. Su aspecto es semejante. El sonido, completamente distinto.

Por supuesto que Téta no había olvidado nada. Pero no estaba dispuesta a dejar que el peso de su dolorosa memoria recayera en nosotros. No estaba dispuesta a dejar que los sedimentos de odio se asentaran en nuestro corazón.

Más que palabras, somos nuestros silencios. De todas las historias, las que más marcan son aquellas que no se cuentan. Cuanto es preferible olvidar. Cuando se intuye en el fondo de una mirada. Los recuerdos demasiado oscuros. Los dolores demasiado intensos. Pero también la felicidad, que casi siempre es muda.

Cuando fallecemos, ¿qué queda de todo eso que no decimos, qué legado para quienes caminarán tras nuestros pasos?

Mientras observaba a los sepultureros bajar el ataúd de Téta hasta la tierra, me sentí como si estuvieran enterrando la caja fuerte de mi memoria antes incluso de que hubiera encontrado la llave.

Lancé una rosa sobre su tumba. Noté una brisa en la nuca. Me hice una promesa. Iría a su país para recuperar su memoria. Intentaría contar su historia. Porque si hay algo peor que la muerte, es el olvido.

4

Un domingo helador de invierno, me desperté antes del amanecer. Todo dormía a mi alrededor. La ventana estaba cubierta de escarcha. Philo dormitaba a mis pies, enroscado como una bola. Sentía su hocico húmedo bajo los dedos. Me preparé un café turco bien cargado. Me senté delante del ordenador y contemplé la pantalla como si fuera el horizonte. Puse música, bajito, en modo aleatorio. Otra vez Leonard Cohen, como por casualidad, con esa voz suya que alegra cualquier soledad.

It's four in the morning, the end of December I'm writing now just to see if you're better

Me habían llegado dos correos durante la noche. Un mensaje empalagoso de una viuda de Costa de Marfil que quería dejarme en herencia unos cuantos millones de dólares y otro en el que me ofrecían implantes de pecho a bajo precio...

Sonreí al pensar que para mis misteriosos remitentes nocturnos tenía el siguiente perfil: mujer extremadamente ingenua y de poco pecho.

Era uno de esos días polares de enero en los que hace falta una buena dosis de fe o de imaginación para pensar que un día, bajo esa misma ventana, el magnolio estaría en flor.

¿Debía ir o no? La víspera me había dormido dándole vueltas a aquella pregunta tras leer un artículo que decía que los nietos de los supervivientes armenios dudaban a la hora de viajar a Turquía en busca de sus raíces. Un dilema alimentado por el miedo. Miedo a traicionar a sus antepasados. Miedo a estrechar la mano a un país asesino. Miedo a perdonarle lo que nunca había reconocido. También miedo a amarlo, quizá. Pues ¿no habría algo intolerable en ese amor por el verdugo?

Desde el asesinato en 2007 del periodista turco de origen armenio y adalid del diálogo Hrant Dink en Estambul, el miedo de los armenios no había desaparecido. Pero cada vez eran más los hijos de la diáspora que habían decidido abrazarlo en lugar de rehuirlo. Algunos contrataban los servicios de asociaciones armenias que ofrecían viajes organizados de retorno al país natal. Otros se marchaban solos, después de investigar por su cuenta y de encontrar a alguien in situ que pudiera ayudarles a traducir su memoria, a reapropiarse de su historia.

Esa mañana me desperté absolutamente convencida de que esa sería la mejor manera de proceder. A las cinco y media, envié un mensaje a través de Facebook en el que anunciaba mi proyecto y preguntaba si por casualidad alguien conocía a un buen guía en Turquía. A las cinco y treinta y seis, para mi gran sorpresa, ya tenía una respuesta de Sophia, una amiga realizadora de documentales e insomne que, sospecho, es la persona con más contactos de todo el hemisferio

norte.

«Deberías hablar con Sam, un cineasta kurdo al que conocí estando de rodaje en Estambul. Él también ha indagado acerca de los orígenes secretos de su abuela armenia y ha hecho una película preciosa sobre el tema. Habla francés. Sería un excelente guía e intérprete. Estoy segura de que es la clase de proyecto que podría interesarle.»

Con solo dos clics encontré los datos de Sam. Apuesto, cuarenta y pocos. En su foto de perfil aparecía sonriente, nimbado por la luz anaranjada de un desierto. Tenía el presentimiento de que era el hombre que necesitaba. Le mandé un mensaje.

Querido Sam:

Me llamo Léa. Soy una profesora de Montreal (Canadá). Quiero volver a la ciudad natal de mi abuela, Antoinette Rose Amalian, superviviente del genocidio armenio. Nació en Manam en 1908, se refugió en Alepo en 1915 y falleció en Montreal el verano pasado.

Viajaré a Manam este verano con la esperanza de averiguar más cosas sobre su vida, de la cual ella hablaba muy poco. Me gustaría escribir un libro en su memoria.

Mi amiga Sophia me ha dicho que quizá usted pueda ayudarme con la búsqueda. Le ruego que me escriba si el proyecto le interesa. Le estaría eternamente agradecida.

Al revisar el texto, me pareció que ojeaba una versión apenas modificada del correo melodramático de la viuda de Cos-ta de Marfil dispuesta a cederme su fortuna a cambio de un simple número PIN.

Muy estimado señor:

Soy doña Léa, viuda sin descendencia. Mi difunta madre me ha dejado una importante suma. Padezco cáncer y tengo los días contados. Me gustaría que aceptase ser el administrador de dicho capital a fin de divulgar la obra de Dios.

La respuesta de Sam llegó al día siguiente.

Querida Léa:

Estaré encantado de recibirla en Turquía.

Será un placer ayudarla con el proyecto. ¿Cuándo tiene pensado llegar?

Hasta entonces, si puedo serle útil, no dude en escribirme.

5

Último día de clase antes de las vacaciones de verano.

—¿Adónde va, señorita Léa?

Les dije que iba al país de mi abuela. No les dije que era un país que ya no existe. Un país por reinventar, del que la habían expulsado. El país de una memoria negada.

—¿Dónde está el país de su abuela? ¿Queda lejos?

Ya los echaba de menos. Echaba de menos su candor. Sus hoyuelos. Sus ojos curiosos.

La temperatura debía de alcanzar los cincuenta grados en el colegio, convertido en un horno. Las niñas se habían puesto su mejor vestido de verano. Los niños, la camisa de las ocasiones especiales. Teníamos el espectáculo de fin de curso.

Los alumnos se pegaban a mí como patitos que siguen a su madre.

No hacía mucho que los había visto llegar, tan pequeños que no levantaban un palmo del suelo, con una mirada ávida y las mejillas enrojecidas, encorvados bajo una mochila más pesada que ellos. Se veían diminutos en el patio de los mayores.

A principios de curso blandí el diccionario delante de ellos.

—Aquí dentro están todas las palabras. Es como un cofre del tesoro con veintiséis letras que, combinadas, pueden des-cribirlo todo.

Les dije que allí tenían todo lo necesario para contar el mundo. Incluso lo que no se cuenta. Incluso los secretos que no osaban confesarle a nadie. Incluso el silencio.

Me pasé todo el curso tratando de alejarlos de las faldas de sus madres. Les di la mano para poder soltársela mejor. Solo tienen siete años, pero me parecen tan mayores... Y me siento muy afortunada por presenciar todos los años desde hace dos décadas el fabuloso momento en el que empiezan a descifrar el mundo, palabra por palabra. Al contrario que los padres, tengo la suerte de revivir una y otra vez esa edad tan mágica como conmovedora.

«¡Y, ahora, la clase de la señorita Léa!..»

Les dije «¡Adelante!» por última vez. Yala! Subieron al escenario con estrellitas en los ojos. Cantaron dando unos pasos de danza. Estaban guapísimos. Me sentía muy orgullosa.

Isménor iba endomingado como si asistiese a una boda. Chaqueta negra, camisa blanca y pajarita. Reía junto a sus compañeros de clase. Me acordé del niño tímido que se había presentado en mi clase con ropa de verano a principios de invierno. Era originario de Haití y había llegado al país con su madre y sus hermanas en unas circunstancias que yo imaginaba difíciles.

El primer día de frío intenso el bedel, al verlo fuera tiritando con un abrigo sin forro, lo hizo pasar al interior del edificio para que entrara en calor antes de que terminase el recreo.

—Tu pequeño Isménor no está bien equipado para afrontar el invierno —me susurró al oído antes de que los niños regresasen al aula.

Los días previos a la Navidad, no lo pude resistir. Metí un abrigo calentito en la taquilla de Isménor. Lo había recuperado en casa de mi hermana, que, previsora, lo había comprado mucho antes de la estación fría. Pero no había previsto que su hijo crecería tan rápido. «Thomas no se lo ha puesto nunca. Me alegra que uno de tus alumnos pueda sacarle partido».

—¿Qué es esto, señorita Léa? —preguntó Isménor al descubrir el abrigo azul que colgaba de su gancho.

Me hice la sorprendida.

—¡Oh! Seguro que ha sido Papá Noel... Isménor se probó el abrigo. Era de su talla. A la vuelta de las vacaciones vino a verme.

—Mamá cree que Papá Noel es usted...

Huda subió confiada al escenario, sus trenzas rizadas revoloteando en el aire. Noté que se me empañaban los ojos.

Hace dos años huyó de Siria con su familia. Una bomba cayó en el patio de su colegio, en Damasco. Al igual que otros treinta niños, resultó gravemente herida en una pierna. Su hermana mayor la encontró en el suelo. «Huda, ¿estás bien?». No, no lo estaba. Tenía la pierna acribillada de esquirlas de obús. Creyeron que no volvería a andar. Y hete aquí que en esa escuela al otro lado del mundo, una niña que había visto la muerte bailaba y cantaba ante la mirada conmovida de sus padres.

Luego la directora llamó al escenario a la clase de Emma, mi compañera de primer curso, que ahora es muy buena amiga mía.

Cuando le anuncié mi viaje a Turquía, me miró con más preocupación que entusiasmo.

—¿En serio, Léa? Con todo lo que se oye en las noticias.

¿No hubo un atentado en Estambul la semana pasada?... ¡Te pueden secuestrar!

—Claro que no, mujer... Estaré en buenas manos, descuida. En la pantalla del móvil, busqué el perfil de Facebook de Sam.

—Mira, este será mi guía... Sonrió al ver la foto.

—¡Si parece Javier Bardem! —exclamó—. Pues a mí si me secuestra él...

Sin embargo no parecía tranquila.

—Aun así, ¿no te parece que todo eso es un poco peligroso?

—Solo serán quince días. Tendré cuidado. Confía en mí.

El timbre sonó por última vez. Las vacaciones esperaban tras la valla. Guiados por un mismo impulso, niños y mayores alzaron el vuelo hacia el verano.

—Buen viaje, señorita Léa. ¿Nos contará todo?

—Sí, prometido.

6

Sam me esperaba a la salida del aeropuerto de Diyarbakir, con un cigarrillo entre los dedos. Vestía unos vaqueros desteñidos y una camisa azul. La foto de Facebook no mentía. «Mehsen», habría dicho Téta. Tez oscura. Mirada solar. Aires desenfada-dos.

Le sonreí.

—¿Léa? Bienvenida a Turquía.

Tenía una voz ronca de fumador y el acento de alguien que ha estudiado en Francia. Aplastó la colilla en la acera. A continuación, se apresuró a coger mi maleta y me hizo señas para que lo siguiese hasta el aparcamiento.

—He aparcado un poco más allá. ¿Ha tenido un buen viaje?

Acordamos tutearnos antes de tomar asiento en el pequeño Renault blanco oxidado por debajo de la portezuela delantera.

La voz potente de Adele resonó en cuanto Sam arrancó el motor.

I must have called a thousand times

To tell you I'm sorry for everything I have done.

Teníamos una hora de carretera por delante para llegar a Manam. La luz de media tarde era cobriza. Bajé la ventanilla y alargué el brazo para sentir el aire caliente en la piel. El ru-gido del viento tapaba la voz de Adele. Y en aquel paisaje de montañas áridas salpicado de oasis verdes, todo me parecía extraño, doloroso y bello a partes iguales.

—El videoclip de esta canción lo dirigió un cineasta quebe-qués —le dije—. ¡Se ha visto más de dos mil millones de veces!

—¿Dos mil millones?

—El director se llama Xavier Dolan. ¿Lo conoces?

—¡Ah, sí! Creía que era francés. ¿Sabías que Adele es de ascendencia turca?

—No, no lo sabía...

—Un músico de Bodrum asegura ser su padre. Dice que conoció a la madre de Adele cuando esta estaba de vacaciones en Turquía. Hasta quiere hacerse la prueba del ADN.

—A lo mejor se trata de un armenio que ignora serlo. Al fin tendríamos en la comunidad a alguien más famoso que Kim Kardashian.

Sam sonrió, con una sonrisa cómplice que le devolví.

—Es curioso que menciones a Kim Kardashian, porque en Turquía también se ha montado toda una historia en torno suyo. Un pequeño comerciante turco de Karakale, un pueblecito

minúsculo próximo a la frontera con Armenia, afirma ser su primo. El tipo cuenta que descubrió a su «prima» Kardashian investigando en los archivos municipales, con ayuda del único ordenador del pueblo. Ahora dice que solo quiere ir a tomar el té con su famosa prima multimillonaria...

—¡Sí, claro, solo un té entre primos!

Sam frenó en seco: un pastor cruzaba hacia los pastos con su rebaño de ovejas.

—¿Qué tal te fue en Estambul?

—Solo estuve dos días. Era la primera vez que iba. El tiempo estaba brumoso...

Le conté que, mientras avanzaba entre la niebla de Estambul, me sentí como un detective que pisa una escena de crimen. Me chocó encontrarme una calle Talat Pachá, llamada así en honor al principal artífice del genocidio.

—Es como si hubiera una calle Adolf Hitler en Berlín... ¡No me lo podía creer!

Cuanto más caminaba por la ciudad, más me invadía la amargura.

—Aquí decimos que Estambul es la capital de la melancolía. En turco se dice «hüzün».

—¿Hüzün? ¿No significa «duelo» o «tristeza» en árabe?

—Sí, es una palabra de origen árabe. La versión turca tie-ne un significado ligeramente distinto que resulta difícil de traducir... Orhan Pamuk ha hablado de ello. Es el estado de ánimo de un niño que mira por una ventana empañada. Es a la vez una tristeza profunda y un duelo incompleto. Nadie se libra en la ciudad.

Circulábamos despacio en dirección a Manam cuando, en una rotonda, una mujer siria seguida de una niña de apenas un año nos alargó sus documentos de identidad suplicándonos con la mirada. Sam le dio algo de dinero. Ella se lo agradeció juntando las palmas e inclinando la cabeza, con los ojos cerrados.

—Estamos cerca de la frontera. No muy lejos de aquí hay un campo de refugiados. Mi próximo documental tratará sobre la vida en ese campo.

Al ver a la mujer y a su hija, me acordé de los niños sirios con los que me había cruzado en Estambul, delante de la estación Haidar Pachá, entre el maremágnum de taxis, vendedores y transeúntes. Vestidos de harapos, mendigaban a la espera del final de la guerra frente a la misma estación de la que había partido el primer convoy de deportación de intelectuales armenios en 1915. Niños de la misma edad que mis alumnos... En sus ojos me pareció ver los de mis antepasados sometidos a la misma humillación cien años atrás. Como si, precisamente, mirasen por la ventana empañada del mundo.

¿Avanza siempre la Historia volviendo sobre sus pasos?

—¿Y tú, Léa, tienes hijos?

No me gustaba aquella pregunta que sonaba como una orden, aunque no la hubiera hecho con mala intención. Como cuando le preguntas «¿qué tal?» a alguien que las está pasando moradas pero que no lo dirá. No me apetecía nada hablar de mí.

—En realidad tengo veinte.

—¿Veinte?

—Veinte niños nuevos cada principio de curso... Tienen seis o siete años y son maravillosos.

Sam me dijo que a él también le habría gustado ser maestro. De momento, entre dos rodajes, se ganaba la vida como guía. Me explicó de manera mecánica, como si hubiera memorizado las frases de un folleto, que desde hacía algunos años Manam, joya desconocida del sudeste del país,

había conseguido imponerse como destino turístico. Cada vez eran más los visitantes que venían para descubrir su amalgama de culturas —árabe, asiria, turca, kurda...—. Estos recorrían sus callejuelas tortuosas y sus interminables escaleras. Deambulaban por el bazar, que parecía sacado de las Mil y una noches. Aspiraban el aroma de las especias. Se relajaban en el hamam. Admiraban la elegante arquitectura de inspiración árabe. Por desgracia, tras los múltiples atentados que habían azotado Turquía, los turistas habían huido.

—Aun así no hay ningún peligro, créeme...

Deseaba creerle. Pero también sabía que el gobierno canadiense recomendaba evitar «los viajes innecesarios» a la región, como me había repetido mi madre antes de mi partida.

A mi entender, «innecesario» es una noción bastante relativa... «¿Cuál es el motivo de su viaje, señora?».

—Tengo una vasija sobre la cabeza. Es necesario que me libre de ella.

La carretera levemente ondulada atravesaba una serie de campos. Me entretuve adivinando lo que se cultivaba en ellos.

¿Albaricoques? ¿Pistachos? ¿Higos?

—¿Y en ese de ahí qué hay?

—Olivos... Mi padre tiene un olivar cerca de aquí. Si nos da tiempo, te llevaré a verlo.

Sam me dijo que había ido en el momento oportuno.

—Últimamente ha habido manifestaciones en Diyarbakir. Han ordenado el toque de queda. Pero ahora todo está más tranquilo...

Llegamos a Manam a eso de las seis de la tarde, después de cruzar una zona militar salpicada de alféncigos y ceñida de alambradas. Al norte de la región de Jazira, al final de una carretera sinuosa que antaño había sido la Ruta de la Seda, Manam surgió ante mí como una fortaleza de color azafrán. Aferrada al flanco de la montaña, con sus alminares y sus campanarios implorando al cielo, alzándose como un balcón sobre la llanura de Mesopotamia. Manam, ciudad natal de la abuela. Ciudad fatal, también.

Sam me dejó en el hotel y propuso que nos viéramos allí mismo al cabo de una hora.

—¿En la terraza del restaurante sobre las siete?

—Vale, hasta luego.

Me había enfurecido un poco con su preguntita indiscreta. Pero no me sentía con ánimos de inventar una excusa para escabullirme.

El hotel ocupaba una antigua casa armenia del barrio antiguo de Manam con una fachada de piedra blanca. Una de aquellas casas fortificadas y grandes como palacios que, alrededor de un patio interior umbroso, albergaron en otros tiempos las alegrías y las desdichas de una nutrida familia de cincuenta miembros. La fachada parecía obra de una encajera. Vestigio de una vida acomodada que ya no existía y de la que habían borrado hasta el último rastro.

Como el turismo pasaba por horas bajas en la zona, no me costó encontrar una habitación a buen precio. Una alcoba con un encanto discreto, de techos abovedados.

Delante de la entrada del hotel, me crucé con mujeres cubiertas con pañuelos de vivos colores, un hombre que llevaba una cabra con una correa y un panadero panzudo apoyado en el escaparate de su tienda que observaba a los viandantes.

Una extraña mezcla de olores a gasolina, pan y pelo de cabra impregnaba el aire.

A las siete me instalé en la terraza. La llanura de Mesopotamia ofrecía un aspecto de

espejismo. Unos vencejos negros lanzaban chillidos tan estridentes que parecía que quisieran horadar el cielo. La luz del atardecer imprimía reflejos ambarrinos en el paisaje. Estaba contemplando el horizonte, perdida en mis pensamientos, cuando llegó Sam.

Dejó el teléfono, las llaves y una cajetilla de tabaco sobre la mesa y se sentó frente a mí. Le hizo señas al camarero para que se acercara.

—¿Qué te apetece tomar? ¿Raki? Sí, me apetecía.

Una ancha sonrisa le iluminaba la cara.

—Bueno, Léa... Dime...

Eché un vistazo furtivo a nuestro alrededor, preguntándome si estábamos en un lugar donde se podía decir todo... En la mesa vecina, un hombre solo desgranaba su masbaha mirando el horizonte. A sus pies, tres tortuguitas tomaban el fresco.

Recordé la advertencia a los viajeros que había leído en la página web del gobierno canadiense: «Evite entablar conversaciones sobre cuestiones históricas y políticas». Bajé la voz sin saber si era por paranoia o por cautela. Mientras preparaba el viaje me había topado con la historia de un reportero gráfico alemán al que habían detenido a su llegada a Turquía y posteriormente enviado a su país porque mostraba demasiado interés por el genocidio armenio. No sentaba bien el que quisiese contar una historia que las autoridades trataban de borrar. Lo calificaron de presunto yihadista antes de enseñarle la puerta.

Yo contaba con la ventaja de no ser más que la reportera de mi propia vida. Pero sabía que unas simples historias de abuelas que deformaban el relato oficial de la nación turca tenían un potencial subversivo en aquel país.

Le dije a Sam que la muerte de Téta me había provocado un afán de saber. Me escuchaba con atención, y yo percibía en él esa cualidad inefable que invita a las confidencias.

Me arrepentía de no haberle hecho más preguntas a la abuela. Por otra parte, sabía de sobra que no le habría apetecido remover sus dolorosos recuerdos. Hablaba de buen grado de cualquier cosa, menos de su infancia, destrozada en 1915.

El cuaderno grande en el que había empezado a apuntar todo lo que sabía de su historia estaba plagado de silencios, elipsis y parábolas. Quería voltear las piedras del silencio. Transcribir su memoria. Con el único propósito de que existiera. Esperando hacer las paces con un pasado que había comenzado a atormentarme a medida que se alejaba.

Cuando falleció mi abuela, al principio sentí una pena tan honda que no lograba explicármelo. A una parte de mí, la más prosaica, le parecía pueril que me afectara tanto una desaparición que en principio tendría que haber supuesto una bendición. El cuerpo sufre con ciento siete años...

Sin embargo, el duelo no me era ajeno. Conocía esos amores que se extinguen tras una lenta agonía. Esas brasas que se transforman en cenizas sin que uno entienda muy bien por qué. A veces me decía que quizá los peores duelos eran esos en los que nadie fenece. Duelos sin flores ni funeral en los que algo muere en nuestro interior.

Acabé aceptando la idea de que la muerte nunca es banal. Aunque camine despacio, nos atropella. En Una muerte muy dulce —el conmovedor relato del fallecimiento de su madre—, Simone de Beauvoir cuenta que tardó en comprender que se pueda llorar sinceramente a un familiar de más de setenta años. Si se encontraba a una mujer de luto en ese estado, la tomaba por una neurótica. Hasta que se dio cuenta, junto al lecho de su madre, de que la muerte, aunque

se la espere y sea previsible, siempre sorprende. Como un motor que se detiene en pleno vuelo. «Todos los hombres son mortales, pero para cada hombre su muerte es un accidente y, aun si la conoce y la acepta, una violencia indebida.»

El camarero llegó con el raki, una jarra de agua y unos mezés. Con un gesto moroso, Sam vertió un poco de agua en su raki, dándole una consistencia lechosa.

—Hay gente que lo degusta seco. Yo prefiero un tercio de raki con dos tercios de agua helada. ¡Salud!

Le pedí que me contara la historia de su abuela. Tenía los ojos risueños, a pesar de que el tema no hacía ni pizca de gracia.

—Bueno... En mi caso, el desencadenante fue un artículo que leí por casualidad en un periódico de Ankara y que despertó mis sospechas. Digo «por casualidad», pero creo que en la vida no hay casualidades.

El artículo al que se refería Sam era la reseña de un libro publicado por Feziye Çetin, una abogada turca. Yo también lo había leído antes del viaje y me había conmovido. En él la autora hablaba de la impresión que se llevó cuando su abuela le reveló, al final de su vida, que no era ni turca ni musulmana como todos creían. Era armenia y cristiana y había sobrevivido al genocidio de 1915.

A Sam nadie le había dicho que durante ese genocidio cuyo nombre prefiere callarse en Turquía —se habla con más facilidad de la «gran catástrofe de 1915»—, miles de armenias se convirtieron al islam a la fuerza.

—No era la clase de cosas que nos enseñaban en el colegio...

Algunas fueron secuestradas, enviadas a un harén o vendidas como esclavas sexuales. Dicen que todas las familias kur-das de Turquía tienen al menos un antepasado armenio. En turco se los llama «los restos de la espada». Odio esa expresión que designa a los supervivientes del genocidio que se vieron obligados a renunciar a su identidad armenia para sobrevivir.

Con nueve años, arrancaron a la abuela de Feziye Çetin de los brazos de su madre y la mandaron a vivir con una familia turcomusulmana. Pasó a llamarse Seher, en lugar de Hera-nuch, su nombre armenio. Nunca había hablado de ello.

Nunca salía sin su hiyab. Rezaba cinco veces al día. Pero aquí y allá, diseminados a lo largo del tiempo, se le escapaban indicios de sus orígenes armenios secretos. Los choraks, aquellos panecillos dorados con yema de huevo que preparaba cada primavera durante la Pascua... Las palabras que pronunciaba cuando su nieta le confesaba que le daba miedo pasar junto a un cementerio. «Niños, no tengáis miedo de los muertos. No pueden haceros daño. Daño hacen los vivos, no los muertos».

—Después de leer el artículo, corrí a la librería como quien acude a urgencias. Esa misma tarde me leí el libro de un tirón. No pegué ojo en toda la noche.

Preguntas que nunca antes se había planteado ahora se le agolpaban, sembrando la duda en él. Lo torturaba un presentimiento. ¿Y si su abuela había corrido la misma suerte?

¿Y si sus antepasados habían sido cómplices? ¿Y si habían estrechado la mano a los verdugos?

—Al día siguiente fui a visitar a mi abuela. Tomamos el té juntos. Era la misma de siempre, vivaz y afectuosa. Pero mi manera de mirarla había cambiado. Le hablé de aquel libro que me había causado tanta pena. Le dije: «Deberías leerlo, abuela».

Se produjo un largo silencio. Luego su abuela le dijo, mirándolo a los ojos: «Cielo, no necesito leer ese libro... Lo podría haber escrito yo misma. Esa historia es la mía».

—Le rodaban lágrimas por las mejillas. A mí también. Nunca la había visto llorar. La abracé. Nos quedamos un buen rato pegados el uno al otro, quietos.

Sentí que las lágrimas me nublaban la vista. No sabía si era por el raki, el cansancio o el hüzn. O por la forma tan sencilla y cándida en que Sam lo narraba.

Súbitamente, el hombre de la mesa de al lado dejó de desgranar el masbaha y se puso en pie. Un cielo color de tinta se tragó las últimas luces del día. Se oyó el cántico del almuédano. Estábamos solos en la terraza, junto con las tres tortugas, refugiadas en el caparazón.

—Bueno, entonces ¿paso a buscarte sobre las diez mañana? Te quiero presentar a un tipo que es nieto de supervivientes.

—Perfecto... ¿Sabes?, lo único que quiero es comprender mejor.

En mi cabeza resonaba la voz de Téta reprochándome aquella búsqueda: «Quien quiere comprenderlo todo acaba muriendo de rabia, ya benti...».

—Nada ocurre porque sí... Aquí decimos que el que lucha contra el destino acaba inevitablemente vencido.

No había duda de que Sam era de los que creían en el destino. No me atreví a confesarle la aversión que sentía por el fatalismo oriental que se amolda a todo.

Nunca he creído en esas historias de destino trazado de antemano y de desgracia útil. Pero me gusta creer que la herida es «el lugar por donde entra la luz», como dice el poeta Rumi. Tal vez sea lo mismo. Creer en el destino o en las historias que nos ayudan a vivir. Hallar consuelo en el sentido o en historias inventadas.

7

En mi guía de viajes dicen que Manam es un «destino im-prescindible». Nada más llegar, quedé fascinada por esa luz color miel que baña el paisaje en cuanto amanece. Eso no me impidió sentir un poco de asco.

Por más que estuviera cautivada, tuve la impresión, como en Estambul, de aventurarme en una escena de crimen. Que un lugar tan espléndido hubiera podido ser el escenario de algo tan feo me producía una sensación extraña, más próxi-ma al malestar que al embeleso. Auschwitz, aun ubicado en el paisaje más fabuloso, sigue siendo Auschwitz.

Solo habían transcurrido cuatro días desde que había ate-rrizado en Turquía y mi cuaderno de viaje ya estaba lleno de testimonios que había recogido de los labios cerrados de los paisajes. Todas las historias de horror que había leído desde hacía meses para preparar el viaje habían teñido mi mirada. No podía ser de otra manera. En Manam, sabía por dónde habían pasado las caravanas de la muerte en 1915. Allí donde había un zoco muy popular entre los turistas —eso fue an-tes de los recientes atentados—, antaño vendían esclavos por cuatro perras gordas. Niñas y mujeres armenias arrebatadas a sus respectivas familias y tratadas como ganado. Estaba al tanto de las redadas nocturnas en las que habían degollado a los armenios como corderos para luego arrojarlos a un pozo.

¿Era preferible no saberlo?

A las diez, Sam me esperaba delante del hotel, con el cigarrillo siempre entre los dedos. Me horrorizan los cigarrillos.

—¿Qué tal?

Su voz se me antojó más ronca que el día anterior. Parecía exhausto.

—Me he despertado con una migraña de campeonato...

Seguro que es por el raki...

Fuimos a pie hasta la casa del señor Antranik, un jabonero de Manam.

—Es un viejo amigo de mi padre, una especie de biblioteca viviente. Ya verás... Ha hecho muchas gestiones para recons-tituir la historia de los armenios de la región.

Anduvimos unos diez minutos por las angostas callejuelas de Manam. Hacía mucho calor. Sentí el sudor perlándome la nuca. Noté que Sam tenía unos rodales en las axilas. Paramos frente a una puerta de madera al final de una escalera inestable. Sam llamó tres veces. Nos recibió un anciano con el cráneo reluciente. Sam le dio un beso en la mejilla. El hombre nos invitó a sentarnos en el umbroso patio interior. Su mujer nos sirvió té en unos vasos con forma de tulipán.

Sam ya le había explicado al señor Antranik el motivo de mi visita.

—Es probable que nuestros ancestros se conocieran —me dijo este en árabe y, bajando la voz, me contó la historia de su familia.

»En mi familia, de cincuenta y una personas, solo cuatro sobrevivieron. Mi padre, Alá yerhamo, tenía cinco hermanas. Las mataron a las cinco... Mi padre se salvó porque era un joven obrero cuyo trabajo se juzgaba útil. Era carpintero. Durante muchos años tuvo que servir a gente que había masa-crado a su familia. Lo trataron como a un esclavo.

Presionado por las preguntas del hijo, el padre terminó con-tando retazos de la tragedia de 1915, que aún lo atormentaba. Se acordaba de la noche de junio que se llevaron a su tío Paul, sacerdote, en un convoy junto con otros hombres. Entre ellos, el arzobispo y varios notables y religiosos enfundados en el há-bito tradicional. Atados unos a otros. Los brazos encadenados. El arzobispo, con un grillete en el cuello, cerrando la procesión.

¿Adónde los llevaban? ¿Por qué? La gente lo ignoraba. En el barrio cristiano de Manam, las familias permanecían ocultas y observaban el desfile de prisioneros por la ventana.

En un telegrama que enviaron los responsables de las masacres se afirmaba que el arzobispo y todos sus compañeros habían llegado a su destino sanos y salvos. Sus asesinos jura-ron guardar silencio.

Pero una buena mañana, el padre del señor Antranik vis-lumbró por la calle a un vendedor de carbón kurdo con la so-tana de botones violetas del arzobispo. Entonces lo entendió.

Más adelante se supo que los cadáveres de las víctimas ha-bían permanecido quince días en la carretera, desnudos, antes de que los recogieran, los rociaran con petróleo y los quema-ran. Los cuerpos calcinados fueron arrojados a una fosa.

El padre del señor Antranik le habló de otras redadas nocturnas. De un segundo convoy funesto. De las docenas de hombres que se iban y no volvían. Según la versión oficial, estaban sanos y salvos. Aseguraban que los habían traslada-do. «Medidas políticas y disciplinarias necesarias debido a la guerra», se les decía a los habitantes, petrificados.

En realidad los habían torturado y asesinado.

La población armenia de Manam quedó diezmada. La muerte campaba por doquier.

Desde hace un siglo circulan rumores sobre los tesoros que supuestamente dejaron atrás los ancestros de la familia. Cuentan que estos escondieron oro y joyas en el fondo de unos pozos con la esperanza de recuperarlos algún día. No hace mucho, unos pastores inspeccionaron uno cerca de la antigua granja de los Antranik. Pensaban hallar oro en él. Hallaron cuerpos. Esqueletos sin sepultura, vestigios del horror de 1915.

La historia del señor Antranik me daba escalofríos.

El anciano hizo una pausa, como un nadador exhausto que intenta coger aliento. Su mujer, sentada a su lado, posó una mano sobre la de él. Sam me miró de soslayo. No entendí si con ello me indicaba que habíamos abusado de la generosidad de la frágil pareja de ancianos o si se mostraba satisfecho del testimonio que me ofrecía.

—No olvides contarle lo de Jalo Sarkis...

—Sí, sí, a eso iba... Lo que retengo de los relatos de mi padre es que sobrevivir resultaba mucho más duro que morir. Algunos supervivientes se volvieron locos. No era para me-nos... Después del genocidio, mi padre recorrió todos los orfanatos. Allí encontró a dos hijos de una de sus hermanas.

Los crio como si fueran suyos. Uno de ellos, Jalo Sarkis, tenía mucha facilidad para el violín. Después de estudiar en Moscú, se convirtió en músico. Un gran músico que tocó para la Filarmónica de Berlín bajo la dirección de Karajan. Nada hacía más feliz a mi padre que oírlo tocar. Los estudios de Ereván de Alexandre Spendarian. Ese era su único consuelo.

El señor Antranik se quedó callado. Los vasos de té estaban vacíos. Le di las gracias por compartir sus recuerdos conmigo. Él insistió en meterme unas pastillas de jabón en el bolso. Recordé conmovida a Téta.

—Gracias por escucharme. A veces pienso que esas historias ya no le interesan a nadie... No sabe cuánto me alegra que haya venido desde un país tan lejano como Canadá para llamar a mi puerta.

8

Entrar en la casa de un difunto. Notar ese vacío que hiela la sangre. Que la ausencia te paralice.

Hasta que cumplió cien años, Téta resistió el paso del tiempo. Vivía sola en aquella casa donde el tiempo parecía suspendido desde 1957, año en que llegó a Montreal con sus maletas y sus sueños.

Su casa colindaba con la mía. Desde la ventana de mi cuarto de niña la veía hablar por teléfono al fondo de su cocina. Tenía un teléfono de ruleta verde atornillado a la pared. La veía gesticular y abrir mucho los ojos. Yo me entretenía tratando de adivinar con quién y de qué estaría hablando.

A Rose no le gustaban las fórmulas de cortesía que por lo general sirven para poner fin a una llamada telefónica. Colgaba sin mayores contemplaciones cuando le parecía que la conversación había durado bastante. Murió como vivió, sin demorarse en las despedidas.

Una semana después del funeral, al entrar con mi madre en su casa por última vez, me pareció volver a verla, vivara-cha y soberana en aquel universo que olía a pan de yema, a mermelada de pétalos de rosa y a jabón de Aleppo. De pronto solo subsistía un omnipresente olor a naftalina. Un universo evanescente que se encoge. El eco de una ciudad herida de la que no parece quedar nada ni nadie. Ni rosa ni jabón. Solo el ruido de las bombas sepultando a diestro y siniestro esperanzas y recuerdos.

¿Hay algo más siniestro que todos esos objetos inertes que esperan a alguien que no volverá? Un bolso de mano sin mano. Un espejo sin rostro. Un cajón sin llave. Un pintalabios sin labios. Un lápiz de kohl lejos de los ojos amados.

Sumergir las manos en esa intimidad que ya no existe. Encontrar cartas dentro de un cajón. Recorrer esas palabras azules alineadas con esmero, cenefas árabes sobre un papel traslúcido, igual de liviano que una hoja de masa filo. Sentirse como una ladrona al leerlas.

Vaciar armarios y cajones. Hacer el inventario de una vida. Meterla en una bolsa de basura. Zapatos gastados que han conocido Aleppo y Montreal. Piedrecitas azules para ahuyentar el mal de ojo. ¡Todas esas supersticiones son un completo disparate!, me he dicho siempre. Pero nunca se sabe...

Una cafetera con el fondo arañado que ha visto pasar miles de cafés, confidencias y carcajadas. Unas tacitas en las que leyó el porvenir tropecientas veces. Solo para divertirse. Sin creérselo del todo. Salvo cuando las noticias eran buenas o dejaban entrever ese hijo que durante mucho tiempo yo había anhelado, hasta que todo se derrumbó alrededor de un nido demasiado vacío.

—Dale la vuelta a la taza y coloca el pulgar en el poso de la pared interior... ¡Madre mía!

Incluso años después de que se fuera a vivir a una residencia de ancianos, su armario —que ella se negaba a vaciar por si regresaba— despedía un fuerte olor a naftalina. Para las polillas, los armarios de Téta suponían una muerte segura.

En sus cajones recuperé cinco rebecas de lana con bolsillos —las «sin bolsillos» carecían de interés, había decretado ella—. También encontré unos kab kab de madera engastados de nácar. Los que se llevaban antiguamente para andar por el hamam sin quemarse los pies.

Recordar lo que ha dejado de ser. Ese otro mundo, tan cerca y a la vez tan lejos, que aparecía una tarde de invierno en Montreal durante una conversación. ¿Cómo era el hamam, Téta? Era como una fiesta. De niña iba una vez a la semana con su madre. Entonces no había cuarto de baño ni agua caliente en los hogares de Aleppo.

—Lo de lavarse era casi un pretexto, ya benti.

»Íbamos al hamam para ponernos guapas, claro. Pero sobre todo para relajarnos, reír, charlar, tomar té y fumar el narguile.

Las madres aprovechaban para examinar a hurtadillas el cuerpo de las potenciales prometidas de su maravillosa prole.

Los días reservados a las mujeres, estas llegaban en racimos con su jabón de Aleppo, una esponja y una futa —un pareo de seda o algodón—. Se desvestían. Se calzaban los kab kab para andar sobre el mármol caliente. Caminaban con paso lánguido por los pasillos. Reían mientras se untaban el cuerpo con arcilla. Cuanto más avanzaban, más calor hacía. En las alcobas, unas «frotadoras» armadas de manoplas de baño ne-gras las friccionaban vigorosamente. Algunas amedrentaban a los niños. Con la espalda enrojecida, las mujeres iban pasando de una estancia a otra hasta la última etapa del hamam: beil el nar, la bien llamada casa del fuego.

Después del hamam, con la piel suave y el cuerpo lánguido, se sentaban para compartir una comida en la sala de descanso. El aroma a tabulé y a fruta se entremezclaba con el del jabón de Aleppo.

Incluso después de más de cincuenta años de exilio, para Téta no había nada mejor que ese jabón perfumado con oliva y laurel que, según parece, es el más antiguo del mundo.

Gracias a él recuperaba el olor de su infancia tras el exilio.

El olor de la esperanza.

En mis tercos recuerdos de cuando tenía veinte años, Aleppo huele al jabón de la abuela. El jabón del diálogo entre Oriente y Occidente. El jabón de la Ruta de la Seda y los caravasares.

Todavía hay uno rodando por ahí en un cajón. Un jabón huérfano que escogí para Téta en un mercadillo de San Francisco. Eso fue antes de saber que no volvería a verla.

Antes de irme de viaje le pregunté:

—Bet uasi halachi?

Siempre me contestaba que no, casi riñéndome.

—No necesito nada, ¿me has entendido? ¡Nada! ¡La caja de bombones que me trajiste la última vez sigue intacta!

Cuanto más te quería, más te regañaba. ¿Conocer todos los defectos de una persona y aun así amarla no es acaso la muestra de amor más absoluta?

Ella decía que los reproches eran el jabón del corazón. Se ve que los nuestros eran los más limpios de toda América.

Nunca rechazaba un jabón, sobre todo si se trataba de un sabún gar de Aleppo. Para ella, era el

mejor sin lugar a dudas. Un jabón al que le ocurre lo que al buen vino, como le gustaba recordar. Cuanto más viejo, mejor. ¿Qué otro jabón mejora con el tiempo?

Los escondía en sus cajones. También en el armarito del baño.

Envueltos en varias bolsas, como si fueran pepitas de oro.

No había que confundir un gran reserva con un vino pe-león. El buen jabón de Alepo se reconocía gracias a su inimitable color. Marrón por fuera, verde vivo por dentro. Estampado con un sello como una moneda.

No debemos fiarnos de las apariencias. Si es demasiado liso o demasiado bonito, resulta sospechoso. Es jabón para turistas. Un jabón de Alepo como Dios manda tiene un aspecto tosco y rugoso.

Ella, que había crecido en el barrio de las jabonerías de Alepo, lo sabía todo sobre la historia y la fabricación del sa-bún gar, que apenas había cambiado desde la época de las cruzadas. A lo largo de Shareh Al-Masâbin, la calle de las jabonerías, se alineaban unos veinte talleres donde se hacía el jabón. Cuando niña, Rose se detenía allí de camino a la escuela. Le gustaba sobre todo el momento en que el jabón, vertido en el suelo después de la larga cocción dentro de unas cubas inmensas, se cortaba. Los obreros se calzaban unos patines improvisados. Tablas sujetas al pie por unos cordones de cuero bajo las cuales se fijaba una hoja. Y, poco a poco, se cuadriculaba la gran superficie verde. La pista de patinaje de sabún se dividía de forma ordenada.

Aceite de oliva, bayas de laurel y cenizas de salicor del desierto eran los tres ingredientes con los que al principio se elaboraba el jabón. Durante una excursión a Palmira, Rose vio a unos beduinos del desierto recogiendo barrilla. Primero había que cortar el arbusto seco a orillas del Éufrates. Luego se cavaba un hoyo profundo en el que se incineraba. Esto provocaba una humareda blanca. A continuación se dejaban solidificar las cenizas.

Con el paso del tiempo, la sosa, que era más fácil de utilizar, acabó sustituyendo a la barrilla. Pero la fabricación del jabón de Alepo sigue siendo un arte. La cocción es lenta y el jabón tarda por lo menos nueve meses en secar. Nada que ver con esos vulgares jabones industriales de aceite de palma. Pobre de quien quisiera endosarle un jabón de mala calidad a Téta...

En Alepo, en cuanto puse un pie en el hamam Yalbuga, reconocí el olor enseguida. Aquel hamam olía como el cuarto de baño de la abuela.

El olor del jabón de Alepo ofrecía una promesa. La promesa de una vida por fin limpia de todos esos horrores que no se cuentan.

9

Las historias familiares que mi madre y mi abuela fueron transmitiéndome con cuentagotas desde mi infancia nunca eran las mismas. Cambiaban según el humor, el pudor del día, las alegrías o las estaciones.

Empecemos por el principio.

Antoinette Rose Amalian nació en Manam un día de primavera de 1908. Era la primera de las tres hijas de Munira y

Yusef Amalian. Al nacer, pesó un kilo más que su hermano gemelo, Antoine.

A principios del siglo XX, la ciudad de Manam era un asentamiento cristiano en Anatolia oriental. Los armenios del lugar eran mayoritariamente católicos. Allí también se había establecido una importante comunidad siríaca ortodoxa. Cristianos y musulmanes mantenían buenas relaciones. Todos hablaban un árabe entreverado de kurdo, siríaco, armenio y turco.

Nada más nacer, Antoine cayó muy enfermo. Tan enfermo que creyeron que nunca celebraría su primer cumpleaños. Para evitar que el nombre de Antoinette evocara para siempre el de un hermano gemelo que habría dejado de existir, se apresuraron a cambiarle el nombre a la niña de manera oficiosa: en adelante, la llamarían Rose.

Munira no tenía leche suficiente para alimentar a los gemelos, por lo que decidieron que sería preferible dar el pecho a Antoine, cuya salud era muy frágil. Rose fue confiada a una nodriza.

Durante toda su vida, Antoine conservó ese privilegio de superviviente. Los días de suerte, cuando había carne en casa, le reservaban los mejores pedazos.

—Come, Antoine, come —decía Munira—. Ya comerán tus hermanas si sobra algo.

Por supuesto que era injusto. Pero corrían otros tiempos. Y, al recordarlo, Rose prefería reírse de ello. Nunca le pareció tener una vida hecha de «sobras».

Estos últimos años, mientras la guerra arrasaba Siria, Téta se decía que, de los gemelos, la vida la había tratado mejor a ella. La vida le había ofrecido el plato más copioso. Para bien o para mal, su hermano Antoine había preferido quedarse en Alepo y se negaba obstinadamente a buscar refugio por segunda vez.

Como ella, había sobrevivido a un genocidio. Como ella, había alcanzado los cien años pese a la delicada salud de su infancia. No obstante, ella temía que no sobreviviera a su tozudez.

10

Alepo, 1 de enero de 2014

Querida Rose:

Las noticias de Alepo son cada vez peores.

Mis nietos ya no pueden ir al trabajo sin tener que cruzar una línea de combate. Hemos dejado de contar las veces que se han librado de lo peor. Cuando hablo con Farha antes de acostarme, me digo que tal vez sea la última vez que oigo su voz. Por las mañanas, cuando veo el sol, me digo que tal vez sea mi última mañana.

Aquí ya nada es sagrado. No quedan refugios ni santuarios. Des-truyen las iglesias y las mezquitas, los mercados y las escuelas. Des-truyen monumentos milenarios. Matan a jóvenes y a viejos.

La semana pasada, unos disparos de mortero destriparon la universidad en plena época de exámenes. El régimen acusó a los rebeldes. Los rebeldes acusaron al régimen. Y así sucesivamente...

Lena, la nieta de Farha, lo vio todo. Pues imagínate que, sin haberse recuperado del susto, fue y se examinó. Para ella era un acto de resistencia. Suspendió. Tanto da. Sigue viva. De momento es el único logro que importa.

Su hermano se salvó de milagro de unos disparos. Iba camino del trabajo. Y de repente, ¡bum! Hubo tres muertos. Él salió ileso por la gracia de Dios.

Esa noche Jad me anunció que ya no aguanta más. Quiere marcharse, aunque el país necesite médicos como él. Sus pacientes le pagan con víveres, si pueden. Unos cinco panes la consulta. Aquí estamos, hermana.

La vida continúa pese a todo. Te escribo a la luz de una vela, como se hacía antiguamente. Le he pedido a Jad que eche esta carta al correo en cuanto llegue a Beirut.

Los apagones, que tan bien conocíamos en este país, han pasado a ser la norma. Los días de suerte disponemos de una hora de electricidad. De vez en cuando me siento junto al tocadiscos con la pipa en la mano y escucho mis discos de Fairuz. Enterrar el ruido de las bombas oyéndola cantar «Ana la habibi» con su voz divina es algo mágico...

Ana la habibi u habibi ili...

Mi amor me llamó, me dijo que el invierno se ha ido

La paloma ha regresado y los manzanos han florecido

Y a mi puerta llaman el alba y el rocío

Y en tus ojos mi primavera se ha iluminado Ana la habibi u habibi ili...

No me vuelvas a preguntar por qué no me voy contigo a Ca-nadá. Mi vida está aquí.
Mi muerte también, si es esa la voluntad de Dios.

Un abrazo,

Antoine.

11

El ascensor estaba averiado.

—¡En este puñetero país los ascensores siempre están averiados! —rezongó Sam.

Tuvimos que subir a pie las siete plantas a oscuras.

Sam había insistido para que lo acompañase a aquella fies-ta en casa de su hermano Araz. «Es el cumpleaños de una amiga. Será una buena ocasión para que conozcas a mis ami-gos».

Sobre las nueve de la noche llegamos ante un piso en un bloque grisáceo a las afueras de la ciudad. Desde el pasillo oíamos la música y las risas que emanaban del interior.

Everybody knows that you love me baby Everybody knows that you really do...

Se me hacía raro oír la voz cálida de Leonard Cohen al otro lado del mundo. Tenía la impresión de que me seguía de manera benevolente dondequiera que iba.

—¿Sabes que Leonard Cohen es de Montreal? No, Sam no lo sabía.

—¿No es de Los Ángeles?

Me percaté de que pronunciaba «Los Ángeles» a la francesa.

La puerta se abrió ante nosotros.

—¡Ah! ¡Sam!...

Nos recibió una bonita morena de ojos verdes y cabellera en cascada sobre los hombros. Lucía un vestido rojo acampa-nado. Le dio un beso a Sam y le musitó algo al oído.

—Léa, te presento a Zahra. Zahra es artista. Es su cumpleaños.

La chica me dirigió una amplia sonrisa y se disculpó por no hablar francés.

—Sam has told me so much about you.³

Nos invitó a sentarnos en el salón. Al ver la gran complicidad que existía entre ellos, me pregunté si sería la novia de Sam. O quizá su ex. Al instante me sorprendió hacerme esa pregunta.

Reunidos en torno a la mesita de centro, unos diez invita-dos fumaban, reían y bebían. Zahra les pidió que me hicieran un hueco.

—Hey guys! This is Lea from Canada.⁴

Sam me sirvió un poco de raki y se sirvió a su vez. Zahra ya tenía una copa. Brindamos.

Sam me presentó rápidamente a su hermano y a sus ami-gos, intelectuales y artistas kurdos que trabajaban en su mayoría en el mundo del cine. Su hermano insistió para que me sentara en el sofá.

—You'll be more comfortable.⁵

Tras ellos, en la pared, había un cartel de película. En él una mujer con mirada desesperada abrazaba a un hombre bigotudo de expresión taciturna. El título, YOL, me hacía pensar en el código del aeropuerto de Montreal, YUL.

—Yılmaz Güney es mi ídolo... Por él decidí dedicarme al cine. ¿Lo conoces?

Me daba un poco de vergüenza admitir que no lo conocía.

Sentí que me ruborizaba.

—No te preocupes. ¡No es tan famoso como Kim Kardashian! Además, nosotros no sabíamos que Leonard Cohen era canadiense, así que...

—¡Ni Xavier Dolan!

Sam se echó a reír. Comprendí al escucharlo que la historia de Yılmaz Güney, el cineasta kurdo más famoso, no tenía nada de banal. Desde los campamentos de Anatolia, donde de adolescente se paseaba con un proyector improvisado para ganarse un dinero, hasta el Festival de Cannes, pasando por la cárcel y el exilio, aquel hombre había tenido una trayectoria fulgurante.

—¡Lo condenaron a más de cien años de cárcel! Lo acusaron de propaganda. Pero eso no bastó para hacerlo callar. Desde la cárcel escribió el guion de esa película y dirigió el rodaje por correo. Consiguió escapar y se estableció en Francia. Le enviaron los rushes de tapadillo desde Turquía y ganó la Palma de Oro. Entonces yo solo era un niño. Cuando oí esa historia le dije a mi padre: «¡Yo de mayor quiero ser cineasta!».

—¿Y pudisteis ver la película aquí?

—La prohibieron durante más de quince años. Pero en 1999 pudimos verla por fin. Aquí no, en Estambul y en Ankara. E incluso después de todos esos años, se censuraron algunas escenas. Como esa a la entrada de una ciudad en la que Güney muestra un cartel con la palabra Kurdistan...

Sam pudo ver la versión original en París, donde estudió cine.

—En París me recogí ante la tumba de Güney, en el cementerio de Père-Lachaise. Murió en Francia, apenas dos años después de ganar la Palma de Oro. De un cáncer. Solo tenía cuarenta y siete años...

Entonces sonó la canción Get Lucky de Daft Punk. Zahra se levantó de un brinco y empezó a bailar, invitando a los demás a unirse a ella. Mi mirada se cruzó con la de Sam, que seguía a la chica con los ojos. Dejó el vaso de raki en la mesita y se puso en pie para bailar a su lado

We've come too far to give up who we are

So let's raise the bar and our cups to the stars...

12

Sam me había preparado una lista con las personas que de-bía conocer a toda costa durante mi estancia en Manam. En lo alto de la lista, junto al señor Antranik, estaba monseñor Kimo.

Al día siguiente de la fiesta en casa del hermano de Sam teníamos cita en el monasterio que dominaba la ciudad. Para llegar hasta allí había que tomar una carretera llena de baches que atravesaba unos olivares.

La víspera no habíamos vuelto muy tarde. Sam me había acompañado al hotel poco después de medianoche, pero mi-raba la carretera con indolencia y los ojos entrecerrados de alguien que no había dormido mucho. Advertí que tenía la camisa blanca arrugada. En el coche, el olor de su colonia se mezclaba con el del cigarrillo.

El cielo era de un azul límpido. Delante de la entrada monumental del monasterio había niños persiguiendo unos pa-vos que corrían en todas direcciones alrededor de un granado.

A nuestra llegada, un sacerdote jorobado con sotana negra nos condujo al despacho del arzobispo. Sam llamó a la puer-ta. Tras esta resonó la voz ronca de un anciano: «¡Pasen!».

Empujamos la puerta, que emitió un chirrido. Al fondo de una sala recargada con aspecto de pasillo largo y misterioso, atisbamos a un hombre mayor tocado con un bonete negro, con la túnica de color antracita ceñida por un fajín rojo, larga barba grisácea y un enorme crucifijo sobre el vientre abombado.

La oscuridad del lugar contrastaba con el sol intenso de fuera. En las ventanas, unos cortinajes de terciopelo púrpura impedían el paso de toda luz. Todavía cegada por el sol, tardé unos instantes en acostumbrarme a la penumbra.

La voz del anciano retumbó en la habitación. Este se dirigió a Sam.

—¡Caramba, es verdad! Me dijo usted que vendría con una señora de Canadá. ¡Bienvenida! ¿En qué puedo ayudarla?

Explicué al arzobispo que estaba tratando de encontrar los lugares que habían formado parte de la memoria de Téta. Me escuchó con los ojos cerrados. Empezaba a preguntarme si no se había quedado traspuesto, cuando los abrió y declaró inopinadamente, con voz fatigada:

—Debe usted hablar con Jalé Anisé. Tiene noventa y tres años. Es la decana de la ciudad y la memoria de Manam. Vaya a misa de once mañana. Allí la encontrará.

El arzobispo era un hombre poco locuaz. Consultó su teléfono móvil, que vibraba sin cesar, y se levantó. La reunión había terminado. En su mirada distante planeaba la sombra de un misterio. Daba la sensación de que quería acabar con aquel encuentro cuanto antes, como si nuestra mera presencia lo incomodara.

La teoría de Sam era más prosaica:

—A las diez dan un importante partido de fútbol en la tele... Es una religión en sí.

Monseñor Kimo nos acompañó a la puerta y nos deseó buen viaje.

—Maasalamé. Que la paz sea con vosotros.

Debía, pues, ir en busca de Jalé Anisé. Después del encuentro del monasterio, acordamos que sería preferible que me presentara sola.

En aquella iglesia donde todo el mundo se conocía y los cristianos aún vivían con miedo, la presencia de un kurdo junto a una extranjera que hacía muchas preguntas podía levantar sospechas innecesarias.

Por la tarde recorrí las calles de Manam con Sam. Él aprovechó para enseñarme la iglesia a la que debía acudir al día siguiente. Se alzaba en el corazón del barrio antiguo, en una calle tan estrecha que no se podía acceder en coche. Las puertas abovedadas de madera estaban cerradas. Pero se abrían a los fieles todos los domingos.

Al atardecer, mientras me acompañaba de vuelta al hotel, Sam me dijo que iba a cenar a casa de sus padres.

—Léa, si necesitas algo, llámame, ¿vale?

—Perfecto. Mañana te escribo.

Me sorprendió que no me propusiera acompañarlo. Y más aún que eso me sorprendiera. Lo encontré evasivo. Antes de mi partida, Sophia me lo había descrito como un solterón empedernido, un seductor irredento. ¿Habría quedado con la bonita cumpleañera del día anterior? ¿Temería imponerse demasiado?

Al día siguiente fui a la iglesia a la hora prevista. Para no ser creyente, enseguida me sentí bien, como en un refugio.

El olor a incienso me traía a la memoria las misas de mi infancia. Aunque fuese aburrido, yo nunca me aburría. Me encantaba observar a la gente. Sus ojos en el momento en que encendían una vela. A los bebés que se ponían a berrear en cuanto había que guardar silencio. A los niños que corrían por el pasillo. Al cura, a quien su propio sermón parecía adormecer.

Me senté al fondo del todo, en un banco de madera al pie de una gran columna. Se habían congregado unos cincuenta fieles. Los hombres a la derecha, las mujeres a la izquierda; como manda la costumbre ancestral. También había una corea de niñas vestidas con un velo de encaje blanco.

En la salida de misa localicé a una señora menuda con la espalda encorvada. Traje sastre beis, cruz en el pecho, pelo corto canoso cubierto con un pañuelo anudado bajo la barbilla. Seguro que era ella, la decana de Manam. Fui a su encuentro.

—¿Jalé Anisé?

Se volvió hacia mí sonriendo, con ceño interrogante. Me presenté y le alargué una foto como quien muestra un pasaporte a un agente de aduanas. Una foto de familia tomada en Alepo el día de la primera comunión de Téta y su hermano gemelo. Todo el mundo aparecía con cara de funeral. Téta, con una corona de flores en el pelo y un largo vestido blanco, sostenía un cirio gigantesco. Miraba al objetivo fijamente con una expresión rebelde, como si se dispusiera a golpear al fotógrafo con el cirio.

—Estoy buscando información sobre la familia de mi Téta.

La familia de Yusef Amalian. ¿Sabe dónde vivían?

La anciana asintió con la cabeza sin vacilar.

—Los Amalian, claro que sí... En la calle El-Hayat. Abajo, a la izquierda. Muy cerca del antiguo instituto de los misioneros estadounidenses. Era una casa grande...

Jalé Anisé me escudriñaba mientras hablaba. Tenía la mirada traviesa de una chiquilla.

—¿Eres de la familia Amalian?

—Sí, Rose, la hija mayor de Yusef, era mi abuela. Pero no conozco casi nada de su pasado en este país...

Esbozó una sonrisa.

—Hay cosas que es mejor olvidar.

Olvidar, olvidar... Estoy dispuesta a hacerlo. Pero ¿cómo olvidar algo que jamás he visto? ¿No es como despedirse de alguien antes de habértelo encontrado?

—Me gustaría ver la casa de la que expulsaron a mi Téta.

Quisiera hacer algunas fotos...

—¿Fotos? Todo está en ruinas, ya benti. ¿Me quieres decir qué fotos vas a hacer?

Pese a todo, se ofreció a guiarme hasta la casa de la que me hablaba. «Janglini», me dijo tendiéndome el brazo como hacía mi abuela. Y así, cogidas del brazo, descendimos hacia la calle El-Hayat bajo el sol de mediodía. Nos cruzamos con un hombre montado en un burro que transportaba una montaña de higos.

—Debe de ser esta.

Jalé Anisé señaló una antigua casa de piedra clara de dos plantas. En la parte baja, una puerta de hierro forjado cubierta de herrumbre. En la alta, una puerta de madera gastada por el tiempo. Un par de grafitis en el muro decrepito.

Unos niños bajaban a todo correr la escalera que había delante de la casa. Les seguía un gato de color claro como las piedras. Me agaché para echar un vistazo por el ojo de la cerradura. Un patio interior deslucido.

Con ayuda del móvil, saqué un par de fotos a toda prisa.

Así que allí era. Una noche de 1915 unos hombres habían llamado a la puerta de aquella casa. Habían detenido a mi biabuelo Yusef. Lo habían degollado. Luego ordenaron a mi bisabuela Munira y a sus hijos que se marcharan. Mi abuela y su hermano gemelo tenían siete años. La misma edad que mis alumnos.

Nada en aquellas piedras mudas evocaba el sufrimiento del que habían sido testigos. Busqué en vano una brecha, un indicio, un grafiti oculto. Recordé el escalofrío que había sentido en plena ola de calor en Roma al pisar, frente a una casa, las piedras en las que se había grabado el nombre de las víctimas de la Shoah. «Aquí residió Gemma Di Tivoli. Nacida en 1899. Detenida el 21 de marzo de 1944. Deportada a Auschwitz. Asesinada el 23 de mayo de 1944.» Allí no había nada de eso. Ni siquiera una piedra ante la que recogerse.

El eco de las palabras de Elie Wiesel en mi mente me producía vértigo. «El genocidio ha matado dos veces. La segunda mediante el silencio.» ¿Estaba asistiendo a una segunda matanza en medio de aquel silencio que helaba la sangre?

Pensé en las condolencias que no hacía mucho Turquía había presentado a los nietos de los armenios asesinados en 1915. Les había ofrecido disculpas sin reconocer que había habido un genocidio. Es como si un asesino presentara sus condolencias a la familia del fallecido sin dejar de negar su crimen.

Hacía calor. Jalé Anisé parecía cansada.

—Tengo que volver a casa. Mañana por la mañana me voy una semana a Estambul para visitar a mi hija. Ven a tomarte un café conmigo a mi vuelta. A la derecha de la iglesia, la tercera puerta a la izquierda. Eres bienvenida. Yala, maasalamé.

Le di las gracias. Reanudó su camino con paso lento, bajo un sol de justicia, y me dejó sola delante de una casa que contaba una historia imposible de descifrar.

13

Téta y Gedo llegaron a Montreal un día de septiembre de 1957.

Enseguida les gustó el país. Y ellos al país.

Para ambos, tanto la belleza como la fealdad residían en el ojo del que miraba. No toleraban que criticasen a quienes los habían acogido. Cuando le preguntaba a Téta acerca de su llegada a Quebec, ella me respondía con una fábula.

—¿Te he contado ya la historia del viejo sabio que ve llegar a un viajero a la entrada de la ciudad?

Me sabía de memoria aquel cuento sufí. Qué más daba, ella me lo contaba una y otra vez como si fuera la primera...

Érase una vez un anciano sabio que divisó a la entrada de la ciudad a un joven viajero.

—Perdóneme, jauaya. No soy de por aquí. ¿Tendría la amabilidad de decirme cómo son los habitantes de esta ciudad?

El anciano le contestó con una pregunta.

—¿Cómo era la gente de la ciudad de la que vienes?

—Egoístas y malvados. Por eso me fui.

—Pues aquí encontrarás la misma gente, jovencito...

Poco después, otro joven viajero fue al encuentro del anciano sabio y le hizo la misma pregunta.

—¿Cómo es la gente de esta ciudad?

El anciano respondió con la misma pregunta.

—Dime, muchacho, ¿cómo eran los habitantes de la ciudad de la que vienes?

—Eran gente buena, hospitalaria y honrada. Tenía muy buenos amigos allí. Me costó mucho despedirme de ellos...

—Pues aquí encontrarás la misma gente, jovencito...

Un vendedor que daba de beber a sus camellos justo al lado oyó las dos conversaciones atónito. Cuando el segundo chico se alejó, él se acercó al anciano sabio con un reproche en la mirada.

—Jauaya, ¿cómo puede dar dos respuestas completamente distintas a la misma pregunta?

—Ya ebni. Cada cual lleva su universo en el corazón y lo volverá a encontrar donde quiera que vaya. Abre tu corazón. Cambiará tu manera de ver el mundo y a los demás.

14

A mi bisabuela le hubiera gustado casarse con un hombre que escribiese poemas.

Yusef no escribía poemas. Pero era un comerciante sagaz que sabía contar, lo cual inspiraba más confianza a los padres de Munira. El matrimonio se concertó en un abrir y cerrar de ojos. Un matrimonio de conveniencia, lo normal por entonces.

Munira contaba dieciocho años. Procedía de una familia de intelectuales y había estudiado con los misioneros católicos de

Manam. Era una mujer progresista, adelantada para su época. Antes de tener hijos, fue directora de escuela. Creía a ciegas en la educación.

«Hijos, tenéis que estudiar. Es vuestro deber». Esa era la frase que repetía más a menudo.

Antes del nacimiento de los gemelos, Munira dio a luz a dos mortinatos. Nunca hablaba de ello.

Los negocios del marido que no escribía poemas fueron sobre ruedas hasta 1914. La familia poseía una casona con patio interior en la parte alta de Manam. Luego estalló la guerra, y un pedido de cobre que habían pagado por adelantado nunca llegó. Yusef se quedó sin blanca.

Pero no sospechaba que lo que les esperaba sería mucho más horrible. Aún no sabía que su ciudad natal se transformaría en un cementerio. No sabía que en Manam nueve de cada diez armenios serían exterminados.

Aquel verano hubo mujeres destripadas a espadazo limpio. Mujeres jóvenes a las que degollaban antes de arrojarlas a un barranco o a un depósito de agua. Niñas violadas, botines de guerra. El hedor de la muerte volvía el aire irrespirable.

Aquel verano no hubo verano.

Para escapar a la crueldad de los hombres, Munira se cubrió la cara con barro esperando afeársela. La verdadera fealdad estaba en otra parte.

Hubo mañanas sin alba en las que se enteraban de que una muchacha de catorce años que el día anterior aún caminaba con esperanza ya no podía andar ni hablar. Por la noche la habían poseído seis soldados para luego abandonarla a su suerte entre los cadáveres.

Durante años, sus gritos siguieron resonando en las noches de quienes los habían oído.

15

Alepo, 9 de octubre de 2014

Mi querida Rose:

No te preocupes, aquí va todo bien. La vida continúa. Los alepinos, fieles a su reputación, se las apañan a pesar de la guerra. Lo sabes tan bien como yo: un alepino puede venderlo todo, hasta el pellejo reseco de un burro. Hasta la esperanza, cuando todo se desmorona.

Hace un mes un disparo de mortero destrozó la ventana de mi cocina mientras me tomaba un café. Me la reparó Abdo, el vidriero que trabaja justo al lado de mi casa.

Hace dos semanas, más de lo mismo. Fui de nuevo a ver a Abdo.

«Uli! ¿Otra vez tú?». Nos echamos a reír como críos.

A Abdo no le sorprendía. La gente hace cola delante de su negocio. El precio del cristal ha subido. El de la esperanza también. Me contó que sus hijos estaban hartos. Han huido con sus respectivas familias. Uno de ellos le pagó un dineral a un traficante. Abdo está muy preocupado. Teme no volver a verlos.

Ayer por la noche, ¡bum! El mismo cristal voló en pedazos por tercera vez. Es como si se hubieran conchabado con el vidriero...

Me entraron ganas de gritar por la ventana: «¡Eh, vosotros, ya ja-maha!, ¿no podéis ir a jugar a la guerra a otra parte? ¡Aquí hay un viejo que está intentando tomarse un café en paz!».

Al final me resigné a tapar el boquete de los morteros con una película de plástico, como hace cada vez más gente en el barrio.

Anoche tuve un sueño extrañísimo. El cristal se reparaba solo. Había vuelto a brotar como brotan las flores silvestres. Parecía tan real, tan hermoso, que cuando me desperté, wou hiyat uladi, casi me sorprendió ver que no era cierto. Me sentía traicionado por la realidad. Me entraron ganas de volver a acostarme.

Ahora vivo en una ciudad sin ventanas. Pero mientras existan los sueños, hay esperanza.

Besos desde Alepo,

Antoine

P. D.: Le he mandado a Riap un paquete con jabones de Aleppo. Me ha prometido que te lo entregará en mano junto con esta carta. Aún se consiguen en la jabonería de Abdel, que los sigue fabrican-do incluso bajo las bombas.

16

Sam me envió un mensaje para decirme que me esperaba en el coche, justo delante del hotel.

En cuanto me subí, me puso en las manos dos DVD. Reconocí el cartel de la famosa película de Yılmaz Güney que había visto en el piso de Zahra, con aquel título en mayúsculas: YOL.

—¡Hala! ¡Genial, gracias!

—Es la versión francesa. La encontré en la Fnac, en París.

Ya me dirás qué te parece.

—¿Qué significa yol?

—La carretera... Pero el título de la película se tradujo por El permiso, porque es la historia de cinco prisioneros kurdos que van a ver a su familia durante un permiso.

—¿Y la segunda película?

—Es el documental que realicé sobre la historia de mi abuela.

—Me apetece mucho verlo.

Teníamos cita en casa de Zakaria, un historiador que Sam quería presentarme.

Zakaria vivía en un piso lóbrego y abarrotado en la décima planta de un edificio de la parte más moderna de la ciudad. Era un hombre alto y escuálido, con bigote, la tez cerosa y el ceño fruncido constantemente.

—A algunos les parece un tipo pesimista, y a otros, lúcido

—me previno Sam al apearse del coche, sin decirme lo que él pensaba.

Zakaria decía que las historias son siempre menos insulsas que las que a uno le gusta contar.

—Hubo un genocidio, eso es innegable. Hubo gente buena que se opuso, eso también es innegable. Pero una vez dicho esto, no lo hemos dicho todo.

Justos, de verdad, como los que salvaron a los judíos durante la Shoah, también hubo a lo largo del genocidio de 1915. En Turquía se los conoce como los «Honrados». Entre ellos estaba Celal Bey, que fue gobernador de Alepo y posteriormente gobernador de la provincia anatolia de Konya. Se negó a cumplir las órdenes de deportación no una, sino dos veces. Eso le valió que lo destituyeran de su cargo. Su desobediencia permitió salvar la vida de miles de armenios.

—Mirad lo que contaba en sus memorias...

Zakaria extrajo un libro de la polvorienta biblioteca. Lo abrió por donde indicaba un marcapáginas. Y leyó, en turco, un pasaje que Sam se apresuró a traducirme.

Mi situación en Konya se asemejaba a la de una persona sentada a orillas de un río sin ninguna posibilidad de salvar a nadie de ahogarse. La sangre corría por el río, la de miles de niños inocentes, ancianos sin culpa y mujeres indefensas que se alejaban dando vueltas hacia el

olvido. Salvé a cuantos pude salvar con mis brazos, pero a los demás se los llevó el río, un río sin retorno.

Simples ciudadanos se atrevieron también a protagonizar actos de resistencia. Los habitantes de Dersim, por ejemplo, que al parecer permitieron salvar a unos veinte mil deportados armenios. Algunos vendieron todos sus bienes para poder alimentar a los armenios, a quienes cobijaron y protegieron como mejor pudieron.

En total, se estima que trescientos mil armenios consiguieron salvarse gracias a la buena gente que, arriesgando su vida, decidió atender a su conciencia y su corazón. La historia de esos Schindlers turcos que tuvieron el valor de desobedecer es la que nos gusta recordar. La que permite reconciliarse con un pasado vergonzoso y liberar la memoria. La que permite desligarse de esos antepasados que marcaron con una mancha negra la frente del pueblo turco, dijo Zakaria recitando unos versos del poeta Nazim Hikmet:

*Las lámparas del tendero Karabet están encendidas,
El ciudadano armenio nunca ha perdonado que degollaran a su padre
en la montaña kurda.
Pero te quiere
porque tú tampoco has perdonado
a quienes marcaron con esa mancha negra la frente del pueblo turco.*

Para Zakaria, esa mancha en la frente de su pueblo también la causaron algunos Honrados no tan honrados. Falsos Justos que transformaron en cuentos heroicos historias de dominación y de codicia no tan gloriosas. Gente que vendía a los niños armenios como quien vende corderos en el mercado. Otros que afirmaban salvar a mujeres y a niñas, cuando en realidad lo hacían para surtir sus harenes. Para adueñarse de sus cuerpos, de sus posesiones, de las tierras de sus padres asesinados.

—Cuando nos sumergimos en la historia, vemos que el hombre es un lobo para el hombre, y sobre todo para la mujer...

Zakaria me contó la historia de una armenia que había sido secuestrada por un aldeano kurdo en Diyarbakir, después de que exterminaran a su familia. Se trataba de una joven bonita e instruida, de extracción acomodada. Cuando oyó que un oficial alemán de alto rango, al parecer muy influyente, se encontraba en la ciudad, decidió escribirle una carta para pedirle ayuda: «Señor comandante, en nombre de Jesucristo y de la humanidad, le ruego que intervenga para salvarme de las garras de mi secuestrador».

La respuesta del comandante no se hizo esperar: «Estoy dispuesto a salvarla. A condición de que me haga de amante durante mi estancia en Diyarbakir».

Sintiéndose insultada por la proposición, la joven no tardó en contestarle a su vez: «Prefiero ser la mujer de un kurdo inculto que la amante de un monstruo alemán».

Zakaria insistía en el hecho de que los salvadores no siempre habían actuado de forma desinteresada. Y aunque así fuera, a su modo de ver, había algo indecente en el hecho de quedarse solo con aquella versión de la historia. En un país fundado sobre el olvido y en el que se niega la memoria del genocidio, destacar la historia de los Honrados puede parecer un intento de distracción. De tergiversación de la realidad. Si Alemania puede honrar a Schindler y a todos los Justos de las naciones que desobedecieron al régimen nazi, es porque ha reconocido que hubo

un holocausto y ha admitido su responsabilidad.

Mientras escuchaba al historiador con atención, me pareció que, al insistir en la cara oculta de la bondad, olvidaba un elemento crucial. Al margen de que seamos descendientes de las víctimas o de los verdugos —o incluso de ambos, lo que probablemente nos ocurra a la mayoría—, ¿acaso no necesitamos más que nunca oír historias de resistencia? Si fuera nieta de torturadores, necesitaría saber que la figura del verdugo no es la única con la que puedo identificarme en este país. Necesitaría convencerme de que la humanidad aún existe. Incluso —y sobre todo— cuando a mi alrededor todo clama lo contrario.

Todas esas verdades que se superponían y se contradecían sucesivamente comenzaban a darme vértigo. ¿Y si la historia que intentaba desenterrar no era la que yo imaginaba? ¿Y si mis antepasados no eran víctimas sino cómplices? ¿Y si no lo superaba nunca?

La abuela me habría dicho que me calentaba la cabeza con tantas preguntas. Me habría dicho: «Jalas! Bala falsafé!». Ya está bien. Basta de filosofía. Como decía Gibrán, la vida no retrocede ni se detiene en el ayer.

17

Alepo, 11 de noviembre de 2014

Querida Rose:

Tengo que contarte algo, ejti el habibé... El domingo pasado las bombas arrasaron el zoco. Hubo un centenar de muertos y quinien-tos heridos. Mis vecinos, sin noticias de su hijo Amed, que ese día estaba en el mercado, se resignaron a celebrar un velatorio.

Asistí con Farha. Como imaginarás, todo ello era de una tristeza infinita. Que un viejo como yo muera entra dentro de lo normal. Pero ¿un joven cuya vida acaba de empezar? Es un dolor insoportable. Toda pena termina atenuándose, salvo la pérdida de un hijo.

La gente ofrecía sus condolencias a los padres del difunto cuan-do, de súbito, un joven con pinta de muerto viviente llegó a donde estábamos. ¡Era él! Amed en carne y hueso, que acababa de salir de los escombros, con los ojos extraviados y el cuerpo flacucho cubierto de polvo. Se preguntaba qué hacíamos todos allí.

«Pero ¿qué pasa? ¿Quién ha muerto?»

La madre estuvo a punto de desmayarse. El padre pensó que había enloquecido de pena y que estaba para que lo metieran en el bimaristán.

Amed había perdido el conocimiento bajo los escombros. Cuan-do despertó, consiguió salir de entre los cascotes y regresar a su casa. Herido pero vivo, listo para asistir a su propio funeral.

Quizá yo también esté asistiendo al funeral de este país. Quizá una buena mañana, este país que creíamos muerto le dé un golpe-cito en el hombro al sepulturero, diciéndole: «Estoy aquí».

Un abrazo,
Antoine

P. D.: Han vuelto a suspender el servicio de correos en Alepo. Te envió esta carta con el nieto del vecino, que también se marcha a Beirut.

18

Me atrajo el olor.

—Entre, por favor. ¿Quiere probar?

La tiendita parecía antiquísima. Paredes agrietadas y va-cías, un calor sofocante. La descubrí después de nuestro encuentro con Zakaria. Sam tuvo que irse corriendo tras recibir la llamada de un hotelero. A la entrada de la ciudad lo esperaban unos turistas que, según creía, habían anulado el viaje. Al final habían ignorado las advertencias alarmistas. Sam me propuso que me uniera a ellos, pero preferí aprovechar aquel momento de soledad para recorrer las callejuelas empinadas de Manam, no muy lejos de mi hotel. También me decía a mí misma que si aceptaba todas sus invitaciones, vería cosas donde no las había. Mis propias contradicciones me dejaban perpleja.

Al fondo de la tiendita, un altavoz difundía una canción de Lena Chamamyan, una cantante siria de origen armenio. Bali maak. Bali, bali, bali...

Detrás del mostrador había una mujer de brazos fornidos inclinada sobre una mesa de trabajo, con la frente chorreando de sudor. Canturreaba la canción contoneándose. El aroma a klichas recién horneados perfumaba el aire y me transportaba a mis recuerdos.

Los klichas eran las magdalenas de mi infancia. Son unos bollos de leche armenios con mahleb, espolvoreados con se-millas de arañuela. Téta era toda una especialista. Los conser-vaba en unas latas de galletas inglesas. Ligeramente recalen-tados y mojados en café están deliciosos.

La señora me tendió uno aún caliente. Nos pusimos a con-versar en árabe. Le hablé de mi abuela, que endulzó mi vida con unas cuantas toneladas de klichas. Sin conocernos, nos sentimos identificadas. Estábamos unidas por ese mismo sa-bor de la infancia típico de Manam que solo los iniciados aprecian.

Le expliqué el motivo de mi viaje. Se le iluminó la mirada.

Me invitó a sentarme en la trastienda. Bajó la voz:

—Deja que te cuente una historia...

Ocurrió durante el verano de 1915. Un verano como una noche larga, decía su madre. Acababa de ponerse el sol cuan-do miss Bloom oyó unos llantos ahogados procedentes del patio contiguo. miss Bloom era profesora en el instituto estadounidense de Manam.

Minutos antes, unos hombres habían hecho irrupción en las casas de sus vecinos armenios. Cumpliendo órdenes de un tal doctor Rechid, gobernador de Diyarbakir, habían arrojado a quince mujeres a un pozo. Entre ellas, Fahima, embarazada de ocho meses, que de inmediato empezó a sentir fuertes contracciones.

Fahima dio a luz en el pozo antes de desmayarse. Miss Bloom oyó los lloros del recién

nacido y fue corriendo a llamar a la puerta de una comadrona. Del pozo sacaron a la madre y al bebé.

—El bebé era mi madre. Mi abuela consiguió huir con ella a Estambul. Después de la guerra, mi familia abrió una panadería allí. Esta receta que conservo es la suya.

Salí de la tienda con una bolsa grande de klichas calientes bajo el brazo y la cabeza repleta de imágenes. Veía a Téta inclinada sobre la mesa de formica de su cocina. Bajo una iluminación macilenta, cortaba metódicamente la masa de klichá en láminas antes de hacer con ella unos redondeles gruesos cuya superficie untaba con huevo. La oía pronunciar muy fuerte las erres mientras admiraba el resultado recién sacado del horno. «Prrrrimo».

Por un momento estaba allí, a mi lado, hermosa y traviesa con su bandeja de klichas calientes, un día de invierno. Y reíamos a carcajadas.

En la antigua Roma condenaban al olvido a los muertos considerados enemigos. Una condena post mortem que se denominaba *damnatio memoriae*. Condena de la memoria. Se borraban sus nombres de los monumentos. Se derribaban las estatuas. Se destruían las efigies. Se les retiraban los honores. Se quemaban sus poemas. Porque, a pesar de que estén muertos, de que los hayan asesinado, los enemigos siguen siendo enemigos. Su recuerdo representa una amenaza.

Damnatio memoriae... Es lo que intentaron infligir a mis antepasados. «Pero ¿quién se acuerda de la masacre de los armenios?», como decía Hitler.

Permanece la memoria de las alegrías ordinarias. Por más que saqueen las tumbas, que borren nuestros nombres del mapa, que pinten la historia con cal, esa memoria, que habla del valor, la resistencia, la vida, la esperanza, no desaparecerá.

19

«Señora Amalian, ¿sabe usted lo que es el hockey?»

Fue el repartidor de fueloil, inmigrante al igual que ella, quien le hizo la pregunta por primera vez, un día de otoño de 1957. No, Téta no lo sabía. Aún no.

Era de un país donde no había patines. Pero enseguida descubrió que le apasionaba ese deporte del que nunca había oído hablar. Las noches de los sábados se convirtieron para ella en una cita tan importante como ir a misa. Recitaba el nombre de sus jugadores favoritos pronunciando muy fuer-te las erres: Rrrrichard, Geoffrrrion, Harrrvey, luego Savarrrrd, Drrrrryden, Lafleurrrr, o incluso Rrroy, LeClairrr, Rrrricher.

Los jaleaba en árabe. Estaba hecha toda una experta de salón que los días de victoria llamaba a los jugadores «habibi» (cariño) y los de derrota «ya hmar» (pedazo de borrico). Poco le faltaba para llamar a las tribunas radiofónicas y departir de

«buenas rachas» y «esquinas de pista».

A la sazón, cuando iba a visitar a sus hermanas, que se ha-bían exiliado a Estados Unidos, le hablaban del Canadien de Montreal y le decían «¡Guau!». Ella se sentía orgullosa como si le hablasen de sus propios hijos. Cuando el equipo perdía, se debía, claro está, a que no habían seguido sus consejos, como sus hijos. «Uli, uli, uli...».

Las noches de partido, nada de sentarse delante de la tele y cruzarse de brazos. Ella venía de un universo en el que la mujer debía permanecer siempre de pie. Cocinar, planchar, tri-cotar, cortarles el pelo a los niños... De ahí los recuerdos de flequillos levemente torcidos y orejas despellejadas cuando el Canadien llevaba ventaja en el marcador y la tensión alcanzaba un punto álgido. «Yala, shoot!».

No tardé en comprender que yala, expresión popular que salpica las conversaciones en árabe, cambiaba de significado dependiendo de la entonación y de la racha. Ánimo, determi-nación, orden de marcar. «Dale», «¡Lanza!», «¡Tira!»...

Las noches de euforia, me llamaba por teléfono para hacerme sus comentarios postpartido. «A ualuel ala José Théodore» significaba que se esperaba más de aquel jugador promete-dor. «Ya salam ala Halak!» significaba que el guardameta lo había dado todo. «Uli, uli, uli al Canadian» significaba que el equipo lo tenía crudo para ganar la copa. Y que en adelante nuestros flequillos estarían más presentables.

20

¿Cómo sobrevivió?

Solo una ínfima parte de los armenios de Manam logró sobrevivir. Las masacres fueron más mortíferas en la región.

¿Cómo lo consiguió Téta? Quería saberlo. Pero en cuanto le preguntaba al respecto, ella, de costumbre tan locuaz, se quedaba casi muda, como si temiera reavivar un dolor ador-mecido.

Cambiaba de tema.

—Van a eliminar al Canadien en cinco o seis partidos, ¿no crees?

La memoria, al igual que el olvido, tiene sus razones. Del mismo recuerdo nacen diferentes relatos. El que uno se guar-da para sus adentros —un relato sin palabras que se queda grabado en el cuerpo, en el corazón, en el subconsciente—. El que se cuenta a los demás —el relato del domingo—. El que tal vez se cuente a los nietos —un relato simplificado, sin ser simplista, y lleno de esperanza—. El que se inventa para sobrevivir —un relato como una manta con la que cubrir nuestra melancolía—. El que es preferible olvidar si queremos seguir adelante.

Intenté convencerla sin éxito para que participara en un encuentro con los alumnos de sexto curso de mi colegio. Le dije que una superviviente del Holocausto, la señora Colombo, al principio tan reacia como ella, se había prestado al ejercicio. Al igual que Téta, durante décadas se había negado a hablar del pasado. Pero cuando su nieta de trece años em-pezó a hacerle preguntas, los diques de su memoria cedieron. Tras décadas de silencio, todo salió como un torrente. Al observar la furia del mundo, la señora Colombo se dijo que, al fin y al cabo, tenía el deber de rendir testimonio. El encuentro fue de una riqueza extraordinaria.

—¿Qué diantres quieres que les cuente, ya benti?

Yo no quería que les hablase de odio, sino de valor, de supervivencia, de resistencia. De aquello que infunde esperanza cuando todo se derrumba.

—Que esos días se vayan y no vuelvan nunca... Agua pasa-da no mueve molino.

Si el cofre de su memoria terminó por entreabrirse fue muy a su pesar. Con la edad, algunos recuerdos ascendían a la superficie como esos pecios que se descubren décadas después del naufragio.

—Solo tenía siete años. Pero envejecí de golpe.

Una noche de 1915, Yusef, su padre, fue detenido sin que se supiese el motivo. Los Jóvenes Turcos habían dado la or-den de matar a todos los armenios.

Degollaron a su padre ante sus ojos.

—Si os quedáis aquí, correréis la misma suerte —le advirtie-ron a su madre.

Munira les contestó:

—Coged todo lo que queráis. Coged nuestra casa, coged nuestras alfombras, coged mis joyas. Pero dejadme a mis hijos y me iré.

Munira, los gemelos y sus tres hermanas se unieron a uno de los convoyes que conducían a familias enteras al desierto. Les dieron unos burros para, supuestamente, hacerles el viaje más fácil. Burros esqueléticos, incapaces de soportar la más mínima carga. Anduvieron hasta Alepo. Cuando no podían más, los niños se sentaban por turnos sobre el lomo de un burro. Así recorrieron cuatrocientos kilómetros por los desiertos de Siria.

A esas marchas se las denominó caravanas de la muerte. Las autoridades decían que los armenios podrían establecerse en Siria, que entonces formaba parte del Imperio otomano. Era mentira. La deportación resultaba más cruel, si cabe, que la muerte. Era como una larga sesión de tortura. Muy pocos salieron con vida. Una masacre habría sido sin duda más humana.

Años después, Rose le preguntó a su madre:

—Mamá, ¿cuántos días estuvimos caminando?

Munira no lo sabía. Había perdido la noción del tiempo. Solo sabía una cosa: se levantaba al amanecer, rezaba y caminaba. Hubo varias mañanas, varias oraciones y millones de pasos por las estepas ardientes.

Dormían sobre la tierra desértica, bajo el resplandor de la luna. Algunos nunca despertaban. El alba llegaba acompañada de nuevos cadáveres por el camino. En medio del calor sofocante del desierto, el hedor de la muerte se volvía insoportable. El tifus y la disentería causaban estragos. Las madres ahogaban a sus hijos para abreviarles el sufrimiento.

Munira les dijo a los suyos:

—Si muero, no perdáis tiempo llorándome. No intentéis enterrarme. Caminad.

Se había cruzado con la muerte un sinnúmero de veces en su camino. Había visto cómo arrojaban con vida a algunos de sus compañeros de infortunio a unas fosas profundas para luego prenderles fuego. Había visto a madres confiar a sus hijos a unos beduinos.

Había caminado descalza entre el horror.

Había visto la crueldad de la que son capaces los hombres.

Ya nada la atemorizaba.

Los diplomáticos extranjeros que habían sido testigo de aquel éxodo dudaban que se pudiese sobrevivir a semejantes atrocidades. Algunos incluso se burlaban de la esperanza de los deportados. Investigando antes de mi partida a Turquía, me topé con la siguiente historia en el Libro Azul del gobierno británico sobre el trato dispensado a los armenios en el Imperio otomano (1915-1916):

A lo largo de las carreteras hallamos una multitud incesante de refugiados que se arrastran a duras penas, siempre en dirección al sur. Desconocen cuál es su destino final. Pero tienen la vaga esperanza de llegar a un lugar en el que podrán vivir y conseguir alimento. Sin embargo, si supieran lo que van a encontrar allí y qué será de ellos al final, es muy probable que prefiriesen sentarse a aguardar la muerte y no ir más lejos.

Intento imaginar el valor infinito que hizo falta para no perder la esperanza pese a todo. Me pregunto qué permanece de la resiliencia y del dolor de los supervivientes en el cuerpo y la mente de sus descendientes. ¿Se hereda el valor, igual que se heredan las neurosis? ¿Qué sobrevive al olvido? ¿Qué sobrevive a la negación?

Me gusta pensar que aquello que no mató a los supervivientes vuelve mucho más fuertes a sus descendientes. Dicen que los adolescentes que conocieron las hambrunas en la Alemania de la Primera Guerra Mundial tuvieron hijos particularmente robustos, menos proclives a los trastornos mentales que la media. Por otra parte, dicen también que, aunque ignoremos su existencia, los fantasmas del pasado atormentan a nuestros genes. Un genocidio abre líneas de falla a lo largo de varias generaciones. Aunque la memoria no se transmita a través de relatos, el trauma puede dejar marcas. Sobrevive al olvido. Sobrevive al silencio. Sobrevive a la falsa creencia según la cual lo que no se cuenta no se transmite.

¿Qué hacer entonces? Afrontar nuestros miedos. Pasar por encima de la negación. Abrir ese cajón que aterroriza y depositar nuestras propias palabras en el hueco del silencio para ser capaces de cerrarlo sin quemarnos los dedos.

21

Rosa desconfiaba de la delgadez. Nunca se le habría ocurrido asociar un cuerpo enjuto con la belleza. Quizá porque la ase-diaban esas imágenes de deportados armenios esqueléticos. Quizá porque sabía lo que era pasar hambre. Pasar hambre de verdad, hasta las entrañas. Pero no por haber hecho al-gún régimen estúpido ni por intentar parecerse a una modelo raquítica. Pasar hambre porque una buena mañana alguien decidió que no merecías vivir.

En su casa, las comidas empezaban pero no terminaban nunca. Para ella la cocina no era un suplicio, sino una fies-ta. La noción de plato era engañosa. Los había hasta donde alcanzaba la vista, como si temiera una hambruna inminente. Tras pasar seis horas sentados a la mesa, creías ver el final del túnel cuando llegaba el café turco —bueno, armenio—, pero ¡ding, dong!, una prima lejana cuyo nombre habíamos olvidado aparecía inesperadamente («¡Tú no te acuerdas, pero te vi cuando eras así de pequeña!») y nos embadurnaba las mejillas de pintalabios. Entonces volvíamos a empezar de cero, sacábamos los entremeses, los canapés y a saber qué más.

Naturalmente, tenías que probarlo todo si no querías que te mirasen mal, como si hubieras cometido un crimen abo-minable. «¿Cómo que no te gustan los nabos marinados? ¿A quién en este mundo no le gustan los nabos marinados?».

Cada vez que iba a visitar a Téta, me veía en la obligación de zamparme, so pena de encarcelamiento, un bufé entero de pastelillos orientales. Con frecuencia me decía que me encontraba más flaca. Si de verdad hubiera adelgazado todas las veces que me salió con esa cantinela, haría mucho que habría desaparecido. Era lo que decía una de sus expresiones favoritas: «Ma ba'yan minek hada». «De ti ya no queda nadie»...

Viniendo de una mujer con tanto carácter y tan poco ex-pansiva, tal vez fuese una manera de preocuparse sin que se notara. Una muestra de cariño disimulada. Aunque yo no se lo dijera todo; aunque, como ella, jamás mostrara mis heridas, ella lo adivinaba. Sabía muy bien que el futuro no se escondía en los posos de una taza de café.

Nunca olvidaré el sonido de su timbre. Un timbre de otra época. Cuando las visitas lo pulsaban, lo oían resonar en toda la casa. Poco faltaba para que las tres plantas del edificio se estre-mecieran.

La víspera del funeral de Téta oí el peculiar sonido de su timbre. Por lo común, este indicaba la llegada de visitas a aquella casa que a menudo parecía el andén de una estación. Un lugar de paso. La vecina que pasaba a tomarse un café, la prima recién llegada de Alepo, el sobrino que venía de Nueva York, la amiga de Marsella... Toda aquella fauna que tan bien casaba con el mobiliario kitsch, fumaba el narguile, se reía a carcajadas, comía más de lo debido, preguntaba por los

«niños», a los que se llamaba así aunque tuvieran cuarenta y tantos años.

Sabía perfectamente que aquel sonido que oía por última vez marcaba el final de mi niñez. Un telón que cae sobre años de felicidad. El principio de un exilio forzado lejos del país de la infancia. Kohl que traza regueros negros por las mejillas.

22

A finales del otoño de 1915, Alepo escondía en sus sótanos a miles de prófugos armenios. Todos los días, los policías turcos acorralaban en ellos a los clandestinos.

Muchos caravasares en ruinas se habían convertido en morideros. Allí aguardaban su hora final los deportados. Algunos morían en plena calle. El tifus y la disentería causaban estragos y remataban el trabajo sucio de los exterminadores.

Rose, su hermano gemelo, sus hermanas y su madre se encontraban entre los clandestinos. Durante algún tiempo pudieron esconderse en el hotel Baron gracias a la benevolencia de sus propietarios armenios. Después tuvieron que cambiar de barrio varias veces para escapar a la persecución de los Jóvenes Turcos, cuyo cometido era llevar a los supervivientes armenios al desierto, transformado en tumba.

El hotel Baron, primer hotel de Alepo, era un elegante establecimiento regentado por los hermanos Onig y Armen Mazlumian. Entre los visitantes más famosos se cuentan D. H. Lawrence, Roosevelt, De Gaulle, Umm Kalzum... Durante mi viaje a Siria, lo visité en calidad de turista, sin saber que aquel mítico hotel había desempeñado un papel secreto en la supervivencia de mis antepasados. Téta se había limitado a mencionar los cotilleos de Paris Match sobre el hotel Baron. Me contó que precisamente en la terraza de aquel hotel Agatha Christie se había sentado a escribir Asesinato en el Orient Express, cuya primera escena transcurre en la estación de Alepo. Entretanto, su joven marido, el arqueólogo Max Mallowan, se iba a realizar excavaciones en el yacimiento del Crac de los Caballeros, en el sur de Siria.

—Figúrate que él tenía catorce años menos que su mujer... Por lo visto ella decía: «Cásese con un arqueólogo. ¡Cuanto más envejezca usted, más la querrá él!».

Aquella mañana en un Alepo sin guerra, mientras entraba en el vestíbulo de mármol del edificio con bonitos festones de piedra, tuve la sensación de internarme en el universo abandonado de una novela policiaca, con sus teléfonos de ebonita y sus viejos sillones de cuero marrón que habían visto pasar gran cantidad de nalgas. Una mujer vestida con un delantal y unos kab kab fregaba el suelo doblada en dos junto a un cubo. De un momento a otro podía aparecer por allí un espía de esos con bigote encerado.

No fue hasta después, al contrastar los escalofriantes relatos del periodista Aram Andonian con los recuerdos dispersos que conseguí sonsacarle a Téta al final de su vida, cuando supe que el universo novelesco que evocaba aquel lugar no le llegaba a la suela del zapato a la realidad.

En 1915, unos miembros de la organización nacionalista de los Jóvenes Turcos que se encontraban en misión en Alepo alquilaban una habitación en el hotel Baron. Ignoraban que Aram Andonian, unos de los pocos intelectuales armenios que habían sobrevivido a las redadas,

se escondía en aquel mismo hotel con la complicidad de los dueños. Ignoraban que los iba a espiar. Una noche, a través de los finos tabiques de las habitaciones, oyó a aquellos Jóvenes Turcos jactarse de su campaña de exterminio después de una velada bien rociada con raki. Hablaban de ello sin reparos. Habían terminado con-venciéndose de que su máquina de la muerte resultaba necesaria y de que eran los héroes de una noble misión histórica.

Mientras tanto, unos huérfanos vagabundeaban por las ca-lles de Alepo hurgando en los montones de basura. Los cubos de basura del hotel Baron eran muy codiciados. En ellos se encontraban sobras de opulentas comidas que constituían autén-ticos tesoros para los hambrientos. Restos de carne, cáscaras de sandía, migas de pan... Un festín para cualquier superviviente.

La pandilla de Nechan, un chaval armenio de doce años cuyos padres habían muerto, la había convertido en su coto privado. Eran «sus» cubos de basura. El crío reinaba sobre el montón de desechos como un rey al lado de su príncipe, un gran perro ne-gro que le servía de manta en invierno. Llevaba una navaja en el bolsillo. Ay de quienes osaran acercarse a su reino.

El perro había sido adiestrado para comer cuando el dueño se lo permitiera. Daba igual si acababan de tirar el hueso más apetitoso del mundo a la basura del hotel. Los niños primero. El perro esperaba su turno observando cómo Nechan inspec-cionaba la última partida.

Si el chaval y su pandilla tenían que ausentarse, el perro montaba guardia y se mantenía fiel. Vigilaba la basura, incorruptible.

Cuando veía sobras nuevas, las guardaba celosamente para los niños.

Cien años después, cuando la guerra estalló en Siria, el hotel Baron se convirtió en una especie de casa encantada. Pero, para Armen Mazlumian, nieto de uno de los fundadores, quedaba descartado marcharse.

—Jamás cerraré el hotel. Jamás —le dijo a su mujer.

Los refugiados llamaron a la puerta del hotel Baron como otros lo habían hecho un siglo antes. El propietario los recibió con los brazos abiertos.

—Aquí sois bienvenidos. Cogeos una habitación.

El señor Mazlumian se sentó en la terraza con su perro y declaró:

—Esta puerta siempre permanecerá abierta.

Puerta abierta de un campo de ruinas que antaño fue una de las ciudades más bellas del mundo.

23

Téta rara vez mencionaba aquel Alepo que se convirtió en el moridero de sus compañeros de infortunio. El Alepo del que hablaba era el de los días felices. Aquel en el que su familia fue acogida y protegida por gente que se atrevió a desafiar las órdenes. El de Celal Bey, el gobernador de Alepo, que, haciendo lo que le dictaba su conciencia, desobedeció las órdenes y salvó la vida a miles de armenios. Aquel en el que, tras varios años difíciles —e incluso durante los días más aciagos— la vida recobraba el protagonismo.

El Alepo de los vendedores de pistachos. Había uno en los bajos de su casa. Este tostaba los frutos secos en la azotea. Al pasar por su lado, Rose nunca perdía ocasión de esconderse un puñado de festo halabi en los bolsillos. Rememoraba con nostalgia aquellas noches de luna llena, en el momento en que los pistachos eclosionaban y ella se tumbaba sobre la hierba a oír el concierto de repiqueteos.

El Alepo del vendedor de dulces. El que hacía kakebloz, aquellos deditos de pasta de almendra y pistacho típicamente alepinos.

El Alepo en el que, durante el verano, dormían en la veranda, sobre unas mantas que se extendían mañana y noche. Jalo Abdel, experto en escorpiones, acudía a inspeccionar el lugar cuando era necesario y llevaba con qué dejar fuera de combate a los bichos venenosos.

El Alepo que le permitió ir a la escuela junto con los chicos, incluso en una época en la que eso no se acostumbraba. El Alepo en el que siempre olía a pan fresco en las casas.

El Alepo enamorado de la libertad, el de las mujeres fuertes, donde resonaban las voces de Asmahan y Umm Kalzum.

Al leer en la habitación de hotel los testimonios de los diplomáticos que presenciaron la llegada de los armenios a Alepo, entendí por qué mi abuela había preferido pasar un guante de crin a su memoria y extraer únicamente los recuerdos más agradables. Entendí que no le apeteciera dar vida a aquel otro Alepo que apestaba a muerte. Entendí que la desesperanza era un lujo que no podía permitirse.

Me costó leer hasta el final la horripilante descripción que hizo Martin Niepage, un maestro alemán que estaba trabajando en la región en 1915. De regreso a Alepo, después de pasar las vacaciones de verano en Beirut, el enseñante cuenta que se quedó conmovido. En los caravasares (jans) en ruinas hallé amasijos de cadáveres descompuestos y, entre ellos, moribundos a punto de exhalar el último aliento. En otras dependencias vi también gran cantidad de enfermos y de personas hambrientas a los que nadie atendía. En las inmediaciones de nuestro colegio había cuatro jans que albergaban a unos setecientos u ochocientos deportados famélicos. Maestros y alumnos teníamos que pasar por delante a diario. A través de las ventanas abiertas,

veíamos a esos seres maltrechos, vestidos de harapos, demacrados. Los niños del colegio pasaban cada mañana por las exiguas callejuelas junto a los carros de dos ruedas tirados por bueyes en los que se depositaban ocho o diez cadáveres tiesos, sin ataúd ni mortaja, con los brazos y las piernas colgando por fuera.

Aterrado, Martín Niepage siente que tiene el deber de contar lo que ha visto. Quiere exhortar a las autoridades alemanas a poner fin a las masacres. Redacta un informe insoportable en el que describe las escenas que se producen en el rancho situado delante de su escuela. En otros tiempos, las caravanas descargaban allí los tesoros hallados por la Ruta de la Seda. Pero en 1915, en ellos se vierte el horror. Niños esqueléticos que aguardan la muerte. Otros que gimen entre los cadáveres.

Si entras en el patio, tienes la impresión de entrar en una casa de locos. Si les llevas comida, descubres que han desaprendido a comer. Su estómago, debilitado por un hambre de meses, ya no soporta los alimentos. Si les das pan, lo dejan de lado con indiferencia.

El maestro se siente avergonzado e impotente. ¿De qué sirve enseñar en semejantes condiciones?, se pregunta.

¿Cómo podemos leer con los alumnos los cuentos alemanes o estudiar la historia del buen samaritano en la Biblia? ¿Cómo podemos enseñarles las declinaciones, las conjugaciones, cuando por doquier y muy cerca de ellos sus compatriotas sucumben al hambre?

¿Cómo? Hoy me hago la misma pregunta cuando pienso en los millones de refugiados que no tienen ningún sitio adonde ir. Entre ellos, cientos de miles de niños cuyas vidas corren peligro. Otros que mueren en el mar en la indiferencia. Y, al igual que ese maestro, a veces me siento avergonzada e impotente. Por una niña como mi bonita Huda, a la que le ha tocado la lotería de los refugiados, ¿a cuántos les han denegado el derecho a la dignidad?

24

Míster Wilder daba clases a los chicos. Rose era su única alumna.

Recuerdo el destello que le teñía los ojos cuando pronunciaba su nombre. Que si míster Wilder decía esto, que si mís-ter Wilder decía lo otro...

Míster Wilder era el profesor de inglés del instituto estadounidense de Alepo, fundado por misioneros protestantes. Contaba veintiún años. Era oriundo de Nueva York y hablaba árabe con un acento estadounidense encantador.

Como Rose tenía un hermano gemelo, a título excepcional, le habían dado permiso para estudiar en la clase de los chicos.

Gracias a aquel privilegio del que se enorgullecía, Rose pudo hacer como su hermano. Al ser la única chica, no pasaba desapercibida. En la foto de final de curso se la ve radiante con un vestido de encaje blanco, rodeada de chicos de expresión taciturna.

En Alepo, un impulso de solidaridad hizo posible que los supervivientes armenios salieran adelante. Se creó una asociación caritativa a fin de socorrerlos. Unos sacerdotes velaban por las familias y las incitaban a mandar a los niños a la escuela. En ocasiones tenían que insistir. Para una madre viuda y analfabeta que acababa de ver cómo todo su mundo se venía abajo y que a duras penas podía subsistir, la escuela no constituía necesariamente una prioridad, sobre todo en el caso de las niñas. Muchas trabajaban como sirvientas desde muy temprana edad. Pero eso no ocurría en casa de los Amalian. Para Munira, ofrecer una educación a sus hijos era lo más importante. En cuanto la familia pudo salir de la clan-destinidad, todos sus hijos fueron al colegio.

El instituto al que asistían Rose y Antoine era laico. En él convivían de manera armoniosa musulmanes, judíos y cristianos. Entre ellos, multitud de supervivientes armenios.

A veces míster Wilder iba a comer a casa de los Amalian. El pretexto oficial: dar clases de tenis a Antoine. Nunca decía que no cuando Munira le rogaba que se quedara a comer. A él le chiflaba su cocina, sobre todo sus kebés. Y a Rose no le desagradaba que su míster Wilder pasase más tiempo en casa.

Ella lo quería. Él también a ella. Había pedido su mano.

Pero la madre de Rose se había opuesto al matrimonio.

—¿Un estadounidense? Ni lo sueñes. Aun así, soñaba con ello.

25

—He visto a tu hija en el hamam. Creo que le he encontrado un buen partido.

Rose había cumplido dieciocho años cuando Nabila le dijo a su madre que conocía al hombre adecuado para ella. Se llamaba Habib. Él también era un superviviente del genocidio armenio y no había tenido la suerte de ir al colegio durante mucho tiempo. A pesar de todo, era un joven leído, recto y muy apañado que disponía de un buen empleo. Se ganaba la vida como jefe de estación. Sus ojos eran verdes como la esperanza.

Entonces el amor no era el principal criterio cuando se pensaba en el matrimonio. Las más de las veces ni siquiera se tenía en cuenta. Los matrimonios por amor eran poco frecuentes; el divorcio, una anomalía deshonrosa; y la soltería, un estado sospechoso. En el mejor de los casos, podía ocurrir que un matrimonio de conveniencia se transformara en uno por amor.

Estuvieron de novios seis meses. Citas que debían tener lugar bajo la supervisión de una carabina. A veces la carabina era un hermano o una hermana pequeños a los que se so-bornaba sin excesivos problemas. A cambio de una onza de chocolate, podía esfumarse en el momento que se juzgara oportuno.

Un día, Habib fue a esperar a Rose delante del colegio. A la salida de clase, anduvieron juntos hasta la casa, la mano de él rozando la de ella. Antoine divisó a su hermana por la ventana. Sin carabina. Tan pronto como Rose cruzó el umbral, él le atizó un bofetón.

Téta se reía contándome la anécdota. Disculpaba aquellas bofetadas sin aceptarlas. Decía que su hermano solo era hijo de su época.

Dice el proverbio: «Eres hijo de tu época más que de tu padre. No eduques a tu hijos como te educaron a ti».

De modo que, como buena hija de su época, Rose se plegó a la imposición del matrimonio concertado. Decía que Munira había hecho bien al ponerla en guardia contra su profesor estadounidense. Me contó que un día, cuando era una recién casada y acababa de dar a luz a los gemelos, llamaron a la puerta de su casa en Alepo. Estaba amamantando. Se cubrió a toda prisa. Tras la puerta se hallaba míster Wilder, acompañado de una bonita joven. Ahora vivía en El Cairo. Estaba de paso por Siria con su mujer, Nawal, una egipcia. Venía para saber cómo le iba.

¿Qué hacía en Egipto? Oficialmente, daba clases. Pero en Alepo se murmuraba que en realidad era un espía. Un muja-barat extranjero. Se decía que los británicos lo habían reclutado como parte de su estrategia para mantener vigilado a Egipto, independiente desde 1922.

¿Acaso Munira se había inventado esa historia para consolar a su hija de aquel amor imposible? Lo importante era que Rose se lo creía. O fingía creérselo.

—¡Un espía!, ¿entiendes?

Aunque no había podido escapar a su época, Rose distaba mucho de todos esos estereotipos en los que se encasilla a las mujeres de Oriente. No era ni sumisa ni pasiva. Inspirándose en su madre, había trabajado como enseñante antes de tener hijos. En su opinión, era el oficio más bello del mundo. Decía que donde hay un colegio, hay esperanza.

Rose veneraba a las cantantes Asmahan y Umm Kalzum, símbolos de la emancipación femenina en un Oriente Próximo que parecía más moderno en los años 1920 y 1930 que en la actualidad.

Asmahan, nacida Amal El Atrache, es esa cantante sirio-libanesa con voz de oro cuyo trágico final está envuelto en un halo de misterio. Su belleza fulminante atraía todas las miradas. Su vida causaba escándalo. Acumulaba excesos, maridos y amantes. Oscilaba entre la euforia y la desesperación. Sobre ella circulaban los rumores más disparatados. Se sospechaba que era agente doble. Murió en julio de 1944, a los veinti-siete años, en un accidente de tráfico que la arrojó al Nilo.

¿Un crimen de honor? ¿Un complot de los servicios secretos británicos, que la acusaban de haber estrechado lazos con los alemanes? ¿Un complot de los alemanes, que le reprochaban su complicidad con los ingleses? ¿Un complot de los franceses por otras razones de Estado? ¿Una venganza de Umm Kalzum, su gran rival, que no soportaba que la eclipsaran? Nunca lo sabremos. El conductor salió ileso y desapareció llevándose consigo el secreto. La voz melancólica de Asmahan siguió resonando durante mucho tiempo en la cabeza de Rose y de toda una generación. Layali el Onsi fi Viena...

Rose no se consideraba feminista. Pero lo era, a su manera. A veces hablaba de May Ziadeh, pionera del feminismo oriental y musa de Jalil Gibrán, que militaba por la emancipación de la mujer y la igualdad mucho antes que Simone de Beauvoir. Admiraba a la intelectual sirio-libanesa Marie Ajami. En 1910, aquella mujer de letras había fundado Al-Arus (La novia), la primera revista feminista de Siria. En los años 1920, promovió el derecho al voto de las mujeres en Oriente Próximo y combatió contra quienes creían que estas habían nacido para servir al padre o al marido.

Rose también siguió la lucha en Egipto de la militante Huda Shaarawi, que hablaba de emancipación y de derecho a la educación para las mujeres a la par que militaba en contra de la ocupación inglesa. Tenía quince años el día en que la activista, de vuelta de un congreso feminista en Roma, se quitó el velo al descender del tren en la estación de El Cairo, ante la multitud que había acudido a recibirla y a aplaudirle. Otras mujeres influyentes siguieron su ejemplo.

En la época en la que Rose vivía en Aleppo, ninguna de las jóvenes con las que se relacionaba llevaba velo. En Montreal, cuando se cruzaba con mujeres cubiertas con él, no podía evitar acordarse de su abuela.

—Las chicas de vuestra generación habéis nacido con derechos desde la cuna. Nunca lo olvidéis.

Ella tenía la sensación de que las nietas de las Hudas Shaarawi de este mundo habían olvidado su combate. Yo me cuidaba muy mucho de contradecirla. El tiempo es demasiado valioso para perderlo discutiendo con aquellos a los que amamos.

26

Sus padres nos esperaban en el olivar esa tarde. Según Sam, sería una modesta comida de bienvenida.

Bajo la pérgola con parras había puesta una gran mesa. Los rayos del sol se colaban entre las ramas, creando un baile de sombras sobre el mantel de cuadros rojiblancos. La «modesta» comida, regada con vino kurdo de la bodega familiar, tenía algo de gargantuesco. Hojas de viña rellenas, puré de berenjenas, yogur con menta y pepino, carne asada al carbón de leña, arroz aromatizado...

—Modesta, ¿en serio?... ¡Hay comida para un regimiento! Sam sonrió encogiéndose de hombros.

—¡Pero si es todo muy ligero!

—Yala, kelu, kelu... ¡Venga, comed, que se os enfría la co-mida! —dijo su madre.

Todo estaba delicioso. Pero tenía mis dudas sobre el vino, que dejaba un sedimento espeso y parduzco en las paredes de la copa.

—Te aconsejo que no lo bebas —me susurró Sam al oído—. Llevo años diciéndole a mi padre que su vino parece mermelada, pero no quiere saber nada. Dice que desde que me fui a París estoy hecho un snob.

El padre de Sam, que me había hablado en árabe desde el principio de la comida, pronunció unas palabras en kurdo señalando la jarra de vino.

—Pregunta si te gusta su vino —me dijo Sam, esbozando una sonrisa.

Contuve la risa y levanté el pulgar frente a la copa. El padre de Sam, exultante de orgullo, la llenó hasta el tope.

—Saha! —exclamó mientras brindaba. Después me contó la historia trágica de su abuelo armenio, al que no había conocido.

»Se llamaba Armen. Mi madre, que se crio con una familia kurda, nunca me habló de él.

Se había enterado de esa historia cuando su hijo empezó a investigar para el documental. Desde entonces, decía Sam, estaba obsesionado con el genocidio.

En la calle Safia, Armen tenía un vecino kurdo que se llamaba Nazdar. Se llevaban de maravilla. A pesar de que el primero era un notable cristiano bastante acomodado y el segundo un Labrador musulmán pobre, en Manam los llamaban «los hermanos de la calle Safia». Eran uña y carne, además de parecer gemelos. La misma frente despejada. Las mis-mas cejas tupidas. Los mismos ojos, castaños y almendrados.

Los hijos de Nazdar solían jugar con los de su vecino. Am-bas familias habían celebrado

juntas el reciente bautizo del recién nacido de Armen. También habían llorado juntas en el funeral del padre de Nazdar. Y cuando la mujer de Armen —la abuela de Sam—, frágil de salud, tuvo dificultades para dar el pecho a su hija, la de Nazdar se ofreció como nodriza sin pensárselo dos veces.

Pero esos hermanos se enemistaron de la noche a la mañana. Todo empezó con unos rumores a los que era fácil dar pá-bulo en el tumulto de la Primera Guerra Mundial. «Los armenios no están con “nosotros”. Están del lado de los rusos...».

En Manam, como en toda Anatolia, se murmuraba esa clase de cosas. Nazdar comenzó a creérselas el día en que leyó en el periódico que los cristianos escondían armas en sus iglesias. Encima del artículo, una fotografía le llamó la atención. En ella aparecían unas mujeres kurdas llorando a sus maridos asesinados. «Los armenios los han matado», decía el artículo.

Nazdar empezó a mirar a sus vecinos armenios con suspicacia. Empezó a dudar de las verdaderas lealtades de Armen. Una mañana le preguntó por las famosas fotografías de masacres que había visto en el periódico.

«Nazdar, tú me conoces. Tú y yo somos como hermanos. Nuestros hijos han bebido la misma leche. Esas fotos son una farsa, ¡créeme! Te lo juro por mi padre.»

Armen decía la verdad. Las fotografías de las masacres perpetradas por «traidores armenios» que se habían publicado en los periódicos eran pura invención. Pero el daño ya estaba hecho. El veneno de la propaganda se había infiltrado en el corazón de Nazdar. En el tribunal de la opinión pública, los armenios eran culpables de complot y espionaje. Registros en iglesias. Profanación de sepulturas. Casas saqueadas. Vidas rotas. Amistades desaparecidas.

No obstante, cuando el gobierno otomano había anunciado el Seferberlik, esto es, el reclutamiento y la preparación para la guerra junto con el Reich alemán, los cristianos contribuyeron tanto como sus conciudadanos musulmanes. Armen estaba al servicio de la patria igual que Nazdar.

«Yo también soy turco. ¿Por qué tratarme como un enemigo?», preguntaba Armen.

Desafortunadamente, para Nazdar el rumor de traición pasó a ser una realidad. Se habían inventado un enemigo común desde cero. El miedo y el afán de lucro sustituyeron al cariño que hasta hacía poco unía a dos vecinos como Nazdar y Armen. Al igual que muchos turcos, deudores de armenios, Nazdar debía algo de dinero a Armen. Deshacerse de sus deudas y apoderarse de la casa de su vecino —al que ahora describían como un traidor...— era la clase de tentación que hacía olvidar rápidamente la amistad. De modo que la noche en que enviaron a Armen a la muerte, Nazdar lo presenció todo y no dijo nada. Poco después, al ver que expulsaban a la mujer y a los tres hijos pequeños de Armen de su casa y los mandaban al desierto, tampoco dijo nada.

Acabó creyendo que sus vecinos habían recibido su merecido.

—El método era muy sencillo —me explicó el padre de Sam—. Aprovecharon la diferencia entre vecinos para que hubiera un consenso respecto al crimen. Ellos son cristianos, vosotros musulmanes. Ellos son ricos, vosotros pobres. No son de los nuestros. Quieren mataros... Vamos, que dividieron y vencieron. Incluso los turcos instruidos se tragarón la propaganda oficial. Se convencieron de que había que eliminar a los armenios.

Aquella estrategia elaborada por los Jóvenes Turcos permitió al doctor Rechid, gobernador de Diyarbakir, poner en marcha un plan de exterminio de la población armenia, preparado a conciencia por el ministro del Interior Talat Pachá.

—Imagínatelo —me dijo el padre de Sam—. Estamos en 1915. Se desencadena la guerra. En vez de reclutar soldados, el doctor Rechid manda desarmar y matar a soldados armenios. Arma a tribus kurdas. Ordena registros en los hogares de ciudadanos pacíficos como mi abuelo, acusándolos falsamente de complot y ocultación de armas. Pone en libertad a ladrones y los recluta para formar una milicia de asesinos.

«Imagínatelo», me dijo... Pero ¿cómo imaginar algo así?

¿Cómo un hombre cuya principal misión consiste en curar a la gente puede llegar a elaborar un plan que tiene por objeto el exterminio de todo un pueblo?

El doctor Rechid justificaba las masacres basándose en una teoría de racismo biológico, como veinticinco años después harían los médicos nazis, me siguió explicando el padre de Sam. Para Rechid, los armenios eran «microbios peligrosos» en el seno de la nación turca.

—Así que su deber de médico era aniquilarlos. Se había convencido de que su misión patriótica era noble y necesaria.

Mientras escuchaba al padre de Sam, pensaba en esta oscura verdad: veintiséis letras bastan para construir la belleza del mundo, pero solo hacen falta dos palabras para destruirla. Ellos y nosotros.

Después de la comida, cuando su padre dejó sobre la mesa una segunda jarra de vino, Sam me propuso que diéramos una vuelta por el olivar.

—Será mejor que nos larguemos. ¡Si no, tendremos que traernos el tonel entero y la historia del genocidio de pe a pa!

Bajo la luz del verano el paisaje se me antojaba relajante. Las hojas de los olivos centelleaban al sol, estremeciéndose debido a la brisa. Al final de los senderos, unos rosales alegraban el árido paraje.

Nos sentamos en la hierba, a la sombra de la caseta donde guardaban la maquinaria agrícola y las redes que se colocaban en el suelo para la cosecha. Sam encendió un cigarrillo.

Yo pensaba, tontamente, que las aceitunas se recogían una a una... Sam me explicó que a finales de verano había que rodear el tronco del árbol con una gigantesca pinza agrícola y zarandearlo con suavidad para que las olivas maduras cayeran en las redes. A continuación se dejaba que los frutos rezagados se saturasen un poco más de sol. Una segunda recolección, esta vez a mano, permitía coger esas aceitunas más perezosas.

—Son las mejores, las más jugosas... Es una lástima que no te quedes para ver cómo se hace y probarlas.

Hubo un silencio. Solo se oía el viento estival, que hacía mecerse el campo.

En general se me daba de pena distinguir a los hombres que coqueteaban conmigo de los que solo se mostraban simpáticos. A mi amiga Emma, más perspicaz para esas cosas, le gustaba chincharme con el tema.

Tenía la sensación de que Sam entreabría la puerta. De camino al olivar me había hablado de su vida de soltero desde su ruptura con Zahra, su amor de juventud. Sus caminos se habían separado cuando él había decidido continuar sus estudios en Francia.

Sin que supiese muy bien por qué y sin que él me hubiese preguntado nada, empecé a contarle mi vida. Mi historia con Max. Nuestro deseo de tener un hijo, que acabó emponzoñando nuestra relación. Los repetidos abortos espontáneos. Nuestra separación después de diez años de convivencia. La pena, que se había transformado en resentimiento. Cómo la tenía

tomada con todo el planeta. Cómo durante algún tiempo no soporté ver a otras mujeres embarazadas. La decepción de mi abuela. Mi hartazgo ante los torpes comentarios que pretendían ser benevolentes. «No es nada. Ya lo superarás».

—Nos queríamos. Pero llevábamos mucho tiempo anhelando ese hijo. Nos apoyábamos en él. Sin él, era como si ya no fuésemos nada.

¿Me había conducido aquel vacío hasta allí, en busca de respuestas a preguntas irresolubles? Tal vez eso tampoco te-nía nada que ver.

Sam puso su mano sobre la mía.

Proseguí el relato, zafándome de su mano con suavidad.

—Lo superé. Bueno, eso espero... Todo por culpa de un útero bicornue.

—¿Biqué?

—Bicornue. Significa en forma de corazón. Es una imagen muy bonita, pero me ha dado muchos quebraderos de cabeza.

Sonrió.

Levanté la nariz hacia el cielo al oír chillidos de pájaros. Plumaje oscuro, largas alas en forma de guadaña, cola ahor-quillada.

—Desde niño me fascinan los vencejos. Casi nunca se po-san, salvo para construir el nido...

Sam me explicó que las patas del vencejo son tan pequeñas que no le permiten tomar carrerilla para alzar el vuelo.

—¿Y cómo hace entonces?

—Anida alto, muy alto, y se deja caer al vacío. La velocidad de la caída se convierte en su impulso.

Aplastó el cigarrillo en la hierba y me alargó la mano para ayudarme a levantarme.

—Yala, ¿vamos?

27

Al salir del olivar, la cabeza me daba vueltas. Como si me hubiera emborrachado con el poco vino que había bebido.

Acabábamos de enfilear la carretera cuando sonó el móvil de Sam.

—Seguro que es por lo del rodaje. ¿Me permites? Puso el teléfono en modo altavoz.

—Merhaba...

Era la voz de una mujer joven. Sam repetía tras cada una de sus frases: «Tamam. Tamam.»

No entendí nada de la conversación. Pero me di cuenta de que Sam, entusiasta, había dicho «Halab» en varias ocasiones antes de colgar.

—Pasado mañana tengo un día de rodaje en el campamento. Mi equipo ha convencido a una familia de Alepo para que participe.

—¿Alepo queda lejos de aquí?

—No, no tanto. Ya he ido antes. En coche se tarda seis horas.

Al planear aquel viaje, ni siquiera me había planteado la posibilidad de ir a Alepo. Daba por hecho que era demasiado peligroso. Pero al oír a Sam hablar de ello, tuve de súbito la sensación de que quizá no fuese del todo imposible.

—¿Crees que podríamos ir?

Él me miró dándome a entender que no me tomaba en serio.

—Si no te importa que te secuestren, entonces vamos...

Pero te lo advierto, no tengo con qué pagar el rescate.

Pensé en el breve intercambio de mensajes que Emma y yo habíamos mantenido el día anterior. «¿Qué tal todo, amiga?

¿Cómo está Javier Bardem?».

Le había contestado al instante: «¡Muy bien! Ya te contaré. Ningún secuestro a la vista. Pero no estoy ni a la mitad del viaje...». Acompañé el mensaje con un emoticono que guiñaba un ojo y una foto digna de una postal de las vistas desde la terraza del hotel.

Pese a que las advertencias que habían hecho huir a los turistas de Manam le parecían exageradas, Sam estimaba que la situación era completamente distinta en el caso de Siria. Resultaba demasiado peligroso.

—¿Morir por contar cómo sobrevivieron tus abuelos? Creo que tu Téta te mataría...

Nos echamos a reír, aunque en realidad no tenía ninguna gracia.

Tuve que resignarme y ser prudente. Debía conformarme con el Halab de mis recuerdos evanescentes.

Alepo arde. Pero en mi memoria perdura su luz. Me veo de nuevo allí en el verano de mis veinte años.

Fue durante un viaje que hice con mi madre. Allí conocí a mi tío abuelo Antoine y a su familia. Vi el zoco donde Téta compraba las especias. Entré en la tiendita del pastelero que hace los mejores kakebloz del mundo.

Desde que sus padres se habían establecido en Montreal, mi madre no había vuelto a su país natal. La nostalgia le resultaba ajena. Fui yo quien insistió para que hiciéramos aquel viaje en pos del hilo de su memoria, nostálgica de un pasado que yo no había conocido. E ignorándolo todo de los funestos acontecimientos que habían conducido a mis antepasados a Siria.

Recuerdo que al principio me sorprendió llegar a un aeropuerto en el que, al salir del avión, los pasajeros debían recoger sus maletas en la pista. Cuando pienso en ello ahora, veo una metáfora de la búsqueda que me ocupa. En esas tierras de Oriente que cultivan el secreto y la parábola, no debes contar con que te entreguen el equipaje de tu memoria en una cinta transportadora de plata.

Mi encuentro con Alepo empezó con una lección de humildad un día de julio. Me sentía agobiada por el calor de la ciudad. Ya no soportaba llevar el pelo largo y pensé que me sentaría bien un corte.

—Mi peluquería está más abajo, al final de la calle. ¿Quieres que te acompañe? —sugirió la prima de mi madre en cuya casa nos alojábamos.

—No, no hace falta. Enséñame dónde es y ya me las apaño yo.

En aquella época creía que sabía hablar árabe. Empujé la puerta del pequeño salón de belleza sin sospechar lo equivo-cada que estaba.

El peluquero era un hombre menudo y cejijunto. En su minúscula peluquería, igual de fresca que un horno, unas señoras muy repintadas, con el pelo escalonado y la cabeza envuelta en una nube de laca, conversaban de todo un poco. El calor era tal que el maquillaje se les corría por las sienes.

Tan pronto como me senté frente al espejo, el peluquero me hizo una pregunta existencial:

«Dan ula dahren?». En árabe, Dan significa «oreja». Y dahren, «barbilla».

¿Oreja o barbilla? Contesté «dahren», convencida de haber pronunciado aquella sílaba de más que me evitaría lo peor: un corte de tazón.

El peluquero, en cambio, comprendió «dan». Y entonces ocurrió lo peor.

Pese a mi espantoso corte de pelo, el cual hizo que mi madre se desternillara, quedé impresionada por la belleza de Alepo. En aquella ciudad en la que ya escaseaban el agua y la libertad, nunca faltaba la poesía.

Recuerdo a los vendedores, que parecían llevar miles de años sentados en sus tiendecitas con puertas de madera. Recuerdo el bimaristán convertido en museo de la medicina y la ciencia.

La mayoría de los lugares que tanto me gustaron han sido destruidos. Ya no son más que sueltos trágicos o fotografías mal encuadradas en mi álbum de viaje amarillento. Mientras lo hojeaba antes del viaje a Turquía, me topé con una foto de la placa de mármol situada a la entrada del bimaristán del casco antiguo. Bajo unas palabras en árabe se leía la siguiente inscripción en inglés: «ERRECTED BY ARGUN AL KAMILI». Errected con dos erres, como para que percibiéramos bien la vibración de la erre del sirio que había grabado aquellas palabras. De

mi visita retuve que el arquitecto del bimaristán había previsto dos puertas: una para las almas atormentadas y otra para las almas apaciguadas. Tras seguir los tratamientos con éxito, el paciente recuperado jamás debía volver sobre sus pasos.

Hay ciudades que no pueden observarse. Son ellas las que nos observan. Alepo es una de esas. Acunó al mundo durante milenios. Parece haberlo visto todo, haberlo vivido todo. Un poema del siglo XII dice que es tan antigua como la eternidad. El viajero cree recorrerla, pero enseguida se da cuenta de que es preferible abandonarse con la modestia de quien trata con un sabio.

Desfigurada por la guerra, Alepo tiene una mirada funesta. Chlonek ya Halab? ¿De qué color eres? Con expresión digna, siempre contesta: «Estoy bien». Pero, por su tez, vemos que no es así. Rojo sangre durante el día, gris ceniza por la noche, Alepo ya no acuna a nadie. La cuna del mundo se ha convertido en un cementerio. Y nos cuesta trabajo creer que hubo un tiempo en que las noches de esta ciudad eran poemas.

Ahora Alepo es una ciudad de la que se huye. En mis recuerdos es una ciudad que acoge. La ciudad refugio de mis abuelos. Un refugio que abandonaron en 1957 para establecerse en Montreal con su familia. A la sazón, mis abuelos presentían que la primavera siria no tenía mucha prisa por

llegar. Tenían la esperanza de que el tiempo se aceleraría. Querían que sus hijos pudiesen cambiar de estación aún más deprisa. Por ellos —y al final, en cierto modo, por mí— atravesaron el océano.

El refugio de ayer se ha convertido en una hoguera. Cien años después, el éxodo se produce en el sentido inverso al que mis abuelos conocieron en 1915. Refugiados sirios afly-yen hacia la frontera turca. Y la primavera, la de verdad, sigue haciéndose esperar.

Desde el principio de la contienda, repaso las noticias de Alepo con pavor. El zoco arrasado por las llamas de los combates. El alminar de la mezquita de los Omeyas que se derrumba. Su patio interior transformado en una fosa común. Los muertos que se apilan en la indiferencia.

Cuando ojeo mis fotos de Alepo, tengo la impresión de haber inmortalizado una fachada resquebrajada a punto de desplomarse. Ahora todos mis recuerdos se encuentran dispersos bajo las cenizas. Entre las ruinas, junto a los cadáveres, se me antojan indecentes.

28

Mi abuelo Habib tenía diecisiete años cuando asesinaron a su padre y a su hermano mayor. Tras refugiarse en Alepo, se vio forzado a abandonar la escuela para mantener a su familia.

Téta contaba que debía su supervivencia a su hermana Myriam, de la que se había quedado prendado el jefe de estación de Ras-al-Ayn.

Ocurrió un día de agosto de 1915. Habib, Myriam y su madre formaban parte de un convoy de deportados a los que habían expulsado de la provincia de Diyarbakir, entonces conocida como «la provincia de la muerte». En medio del agobiante calor del desierto, habían caminado hacia el sur para alcanzar el pueblecito de Ras-al-Ayn, que había crecido con la construcción de la línea del ferrocarril.

Por el camino vieron a compatriotas agonizando. Vieron cuerpos en descomposición. Percibieron el olor de la muerte.

Acuciados por la sed y el hambre, pararon junto a un río. Uno de esos que fluyen durante el invierno y en verano se desecan. En los puntos más profundos, aún quedaba algo de agua. Un agua parduzca y pestilente. Se abalanzaron hacia ella como si fuese la mejor agua de manantial del mundo.

En Ras-al-Ayn, miles de armenios exánimes parecían esperar la muerte. Hambriento, Habib vio que un soldado ofrecía un plato con una pinta deliciosa a una muchacha armenia de gran belleza. Ella lo devoró sin preocuparse de todos los que tenían hambre a su alrededor. No fue hasta más tarde cuando mi abuelo comprendió que la «generosidad» del soldado no era desinteresada.

Para saciar la sed, había que caminar por su cuenta y riesgo hasta el río Jabur, que nace en la vertiente meridional del Karaya Dag y de los montes de Mardin. Las muchachas que transportaban vasijas eran violadas por el camino. A las que se resistían las mataban.

Después de una semana bajo el sol inmisericorde de Ras-al-Ayn, una nueva consigna del gobernador llegó a oídos de Habib y de su familia: era posible tomar el tren de Alepo pagando una libra otomana por billete. Una fortuna que la mayoría de los deportados, a los que habían despojado de sus bienes durante la larga marcha, no poseía. Entonces ¿cómo hacer?

—Disculpe, efendi. Nos gustaría coger el tren de Alepo...

Cuando George, el jefe de estación sirio de Ras-al-Ayn, los vio llegar, solo tenía ojos para Myriam. Ella era una muchacha de dieciséis años con la mirada profunda de quienes se han salvado de milagro. Los días de caminata y de terror en el desierto la habían dejado enflaquecida, con la piel quemada por el sol y el pelo negro enmarañado. Lo último que se le habría ocurrido en ese momento es que un hombre pediría su mano.

Años más tarde, le preguntó a su marido riendo a mandí-bula batiente:

—George, ¿me quieres explicar qué me viste en Ras-al-Ayn, toda piojosa y huesuda?

—Hay cosas que no se pueden explicar —respondió él rién-dose—. La primera impresión es la que cuenta, ¿no?

Se rio de buena gana mientras le acariciaba la mano.

Ese día de agosto de 1915, George ofreció a Myriam y a su familia que tomaran el tren. Llegaron a Alepo en medio de la oscuridad. Él los acompañó a casa de su tío, que aceptó esconderlos en el sótano. Sin la ayuda de ambos, tenían la muerte asegurada.

Nada más llegar a Siria y gracias a su cuñado, Habib consiguió un empleo de ayudante y luego de jefe de estación.

Vivía y soñaba al ritmo de las salidas y llegadas del Orient Express. Aquel tren de lujo, inaugurado en París a finales del siglo XIX, cubría al principio la ruta entre París y Constantinopla. Más de tres mil kilómetros en setenta y seis horas, lo cual, para la época, era muy rápido. Andando el tiempo, el trayecto se prolongó y se añadieron enlaces con Beirut, Damasco y Alepo. Lo llamaban «el rey de los trenes y el tren de los reyes». Se asociaba con el romanticismo y la aventura. Era el tren preferido de Agatha Christie.

Cada vagón del Orient Express estaba acondicionado como un salón. Pero para mi abuelo, era más bien un aula. Ese tren fue su universidad. Leía con avidez los periódicos y los libros que los pasajeros dejaban atrás. Charlaba con ellos cuando era posible. El diccionario francés-árabe que había encontrado en un asiento se convirtió en su libro de cabecera.

Fue a bordo de uno de aquellos vagones azules donde conoció a los padres dominicanos francocanadienses. Estos le hablaron de Montreal con los ojos brillantes. A partir de entonces empezó a soñar con instalarse allí.

¿Qué le dijeron de Montreal? Lo ignoro. Lo que sé es que, a principios de los años 1920, Gedo se molestó en suscribirse al diario montrealés La Presse, que contaba en aquel entonces con la mayor tirada de Canadá. Tras su muerte, encontramos entre sus papeles una hoja amarilleada por el tiempo, fechada en marzo de 1921, con el membrete del «diario francés más importante de América».

Estimado señor:

El precio de la suscripción a nuestra edición cotidiana es de nueve dólares por seis meses y de dos dólares por seis meses para nuestra edición semanal. Por este mismo correo le envío un ejemplar de ambas ediciones.

Le saluda atentamente,

Eugène Berthiaume

Me habría gustado ver la cara que puso el tal señor Berthiaume en su despacho de la calle Saint-Jacques el día en que abrió la carta de aquel extraño suscriptor de un remoto villorrio de Siria.

Los periódicos le llegaban en fajos, con meses de retraso. Grandes bultos marrones encordelados y enviados por barco. Iba a buscarlos a la oficina de correos. Después de leerlos, los guardaba en la biblioteca familiar.

Cerca de cuarenta años más tarde, cuando llegó a Montreal con Téta y sus cuatro hijos,

encontró la paz con la que tanto tiempo había soñado. También una máquina expendedora de periódicos en la esquina de su calle. La primera vez que introdujo una moneda de diez céntimos para extraer un ejemplar de La Presse, casi se le saltan las lágrimas. Como si hubiera atravesado el océano expresamente para ir a recoger el periódico.

29

Se pasó toda la vida buscando a su hermano.

Eso decía Téta cuando yo le hacía preguntas sobre la historia de mi Gedo, que había muerto antes de mi nacimiento.

Mi abuelo Habib sabía que habían degollado a su padre.

Pero en lo que a su hermano se refería, no estaba seguro.

¿Y si aún estaba vivo? ¿Y si había cambiado de identidad?

¿Y si había conseguido huir y embarcarse rumbo a Francia o a Estados Unidos?

¿Se habría convertido al islam para salvar su vida, como seguramente tuvieron que hacer numerosos armenios? ¿Lo habrían recogido unos beduinos y lo habrían protegido y criado como a un hijo?

Sabía que historias como la de Aristide, un primo que se había salvado milagrosamente, eran posibles.

Habib había perdido de vista a Aristide y su familia durante los sucesos de 1915. Estaba seguro de que no habían sobrevivido. Pero hete aquí que veinte años más tarde, cuando salía de la estación de Katma al alba, después de una noche de trabajo, un joven con bigote, de unos veinte años, que iba al volante de un Citroën lo llamó con el claxon. «¡Habib!».

Habib reconoció la mirada risueña de su primo pequeño, que ya era un hombre. Aristide apenas tenía siete años cuando tuvieron lugar los hechos. Lo habían arrojado vivo a una fosa junto con su familia. Luego cubrieron sus cuerpos con alquitrán. Y les prendieron fuego.

Quemaron vivos a los padres de Aristide, a sus dos hermanos y a su hermana. Como él estaba abajo del todo, bajo los cuerpos de sus familiares, se salvó del fuego. Le contó todo eso a Habib con indiferencia, como quien cuenta una historia que no le concierne.

—¿Cómo saliste de la fosa?

—Unos beduinos que pasaban por allí me oyeron gemir y lanzaron una cuerda hasta el fondo de la fosa. Me adoptaron. Viví feliz con ellos. Siempre me consideraron uno de los suyos. Son mi segunda familia. La primera siempre estará aquí

—dijo llevándose la mano al corazón.

Desde hacía un tiempo, Aristide se ganaba la vida como chófer. Más adelante Habib se enteró de que, sin saberlo, Aristide había sido el chófer de Agatha Christie y Max Mallowan, su marido arqueólogo. A bordo del Citroën los guio por las carreteras plagadas de baches de Siria e Irak, donde Mallowan realizaba excavaciones.

Gedo Habib siempre tuvo la esperanza de volver a ver a su hermano con vida. Escrutaba el

rostro de todos los hombres de aspecto mediterráneo que se montaban en el tren. En cuanto veía una silueta que se asemejaba a la de su hermano, le daba un vuelco el corazón. Pero nunca lo encontró.

30

Alepo, 14 de febrero de 2015

Queridísima Rose:

Me preguntas por qué me empecino en quedarme en Alepo cuando el cielo nos cae sobre la cabeza, cuando las ventanas se ha-cen añicos y no vuelven a salir. Me preguntas por qué permanezco sentado en una ciudad que arde mientras todo el mundo se larga.

El otro día mi vecino insistió en llevarme a una galería de arte que hay cerca del parque. ¿Qué sentido tiene crear cuando todo se derrumba? Pues para eso está el arte precisamente.

El director de la galería es un fotógrafo armenio. Un buen tipo, calvo, terco y excéntrico. Dicen que es el último galerista de Alepo. Ha organizado una exposición que no habla de quienes mueren o huyen, sino de quienes viven.

Dice que el arte es el arma más poderosa que existe contra los fanáticos. Mientras escribo estas palabras te oigo reír al otro lado del océano imaginándote a gente que lucha a golpe de pincel con-tra los Kalashnikov. Vale, lo admito, los pinceles no bastarán para acabar con esta carnicería... Pero de lo que sí estoy seguro es de que me ha sentado bien ver las obras expuestas.

Ese hombre es un resistente. Su arte cuenta lo que vosotros, al otro lado del océano, no os dignáis a ver. Siria no solo es un cementerio. Aquí todavía hay gente que vive y que no piensa irse. En Damasco todavía hay gente que, al oscurecer, va al café a escuchar al hakauati. Fuman el narguile escuchando al contador de historias, tocado con un tarbuch. Durante una hora, mientras él narra un cuento, olvidan el estruendo de las bombas.

Las historias son su refugio. El único país de acogida donde se sienten a gusto.

Me hablas de Quebec como de un paraíso apacible. Pero mi vida está aquí, aunque tenga el color de las cenizas y de la nostalgia de los cuentos de antaño. El yené bala nas ma bten das... No vale la pena pisar el paraíso si no hay gente.

No te preocupes, ejti el habibé. La guerra no es lo que os cuentan en la tele. Yo tomo café, fumo el narguile, juego a tric trac... Incluso pasta de albaricoque me ha conseguido mi nieta, fragante y dulzona como a mí me gusta. En mi infierno hay placeres que lo ignoran todo de la guerra. ¡Tú y yo hemos visto cosas peores!

Quien se ha bebido el mar no se ahoga con un arroyuelo. Mientras la muerte no se acerque más de la cuenta, hay esperanza... Oigo la voz de mamá, Alá yerhama, repetir

esas palabras. ¿Lo recuerdas, ya ejti?

Ya estoy viejo para desarraigarme, Rose. Puede que mi cuerpo sobre-viviese. Pero mi corazón no. Si se empeñan en salvarme, no sobreviviré.

Un abrazo,

Antoine.

31

Rose siempre decía de su hermano gemelo: «Nacimos juntos. Juntos moriremos».

En las cartas que ella le enviaba, así como durante sus conversaciones telefónicas, Rose intentaba convencerlo para que se fuera con ella a Montreal. Insistía pese a que sabía perfectamente que él no se movería de allí.

Ella lo llamaba viejo cabezota.

—Hanid!

Él le respondía entre risas:

—Cuidado con lo que dices, porque los dos estamos hechos con el mismo molde.

Antoine siempre repetía:

—Me expulsaron de mi ciudad natal en 1915. Ahora mi vida está aquí. Aquí moriré si esa es la voluntad de Dios.

El destino, si es que existe, le tomó la palabra.

Un día de abril, un obús pulverizó la casa de Antoine en Alepo. Estaba tomándose un último café.

Tres meses después, a miles de kilómetros de Alepo, Rose apretó con fuerza la mano de su hija por última vez.

—Yala. Me marchó en paz. No estaré lejos.

32

Rose se quejaba a menudo de que sus compañeros de la residencia de ancianos eran demasiado viejos. Y eso que, con sus ciento siete años, ella era la más vieja. La seguía de cerca su vecina de rellano, Alice, con ciento cinco años.

Alice, que había nacido en un pueblo cerca de Estambul, también era una superviviente del genocidio armenio.

A su padre, Aram, que sirvió en el ejército otomano, lo mataron en 1915. Cuando Lola, su madre, fue a Constantinopla a recoger sus efectos personales, le dijeron: «Han empezado unas masacres. No vuelva al pueblo. Huya».

Sola con cuatro hijos, Lola tuvo que dejar a sus dos hijas pequeñas, entre ellas Alice, en un orfanato. Cuando supo que unos misioneros cristianos las iban a mandar al extranjero, fue corriendo a buscarlas. Pero era demasiado tarde. Alice y su hermana ya se encontraban a bordo de un barco rumbo a Grecia.

Cuando Alice cumplió catorce años, la enviaron de Grecia a Egipto. Allí entró a trabajar como sirvienta para una rica familia de Alejandría y conoció a Mansur, otro huérfano del genocidio.

Al igual que Téta, Alice nunca hablaba de los días más aciagos de su vida. Prefería seleccionar sus recuerdos y quedarse con los momentos felices. La mirada se le iluminaba cuando hablaba de los bailes a los que acudía con su joven marido en El Cairo de los años 1930. Tango, vals, rumba... Del brazo de Mansur, podía pasarse toda la noche bailando.

Él era originario de Mardin, una pequeña ciudad de Anatolia, al sur de Diyarbakir.

En junio de 1915, cuando comenzaron las masacres, se había marchado a trabajar. Como era guarnicionero, pasaba mucho tiempo yendo de un sitio a otro.

Volvió a su casa a finales de otoño. En un valle próximo a Mardin había jardines en flor y exquisitas frutas. Peras, albaricoques, cerezas, granadas, higos...

Mientras atravesaba a caballo los campos en los alrededores de Mardin, se quedó sorprendido al ver que no se había re-colectado la fruta. Todo estaba abandonado. Los higos y el resto se habían secado bajo el sol.

Había ocurrido algo grave. ¿Pero qué?

No se atrevió a regresar a su casa. Erraba por la ciudad con el corazón encogido cuando se cruzó con un amigo.

—¿A quién estás buscando?

—A mis padres...

—¿No te has enterado? No, no se había enterado.

—Los han matado a todos.

Mansur, pálido, se desplomó en los brazos de su amigo.

—¿Qué hago?

—Huye, amigo mío. Huye.

Unos amigos musulmanes acogieron a Mansur bajo su ala. En casa de estos, se escondió bajo la paja hasta que un con-voy de chechenos permitió que los siguiera. Los chechenos actuaban como traficantes, pues guiaban convoyes de armenios hacia Mosul. Mansur no se detuvo en Mosul, sino un poco más al oeste, en las montañas de Sinjar. Allí, los yazidíes recibían a los armenios en son de paz.

Mansur debía su supervivencia a sus vecinos kurdos, que corrieron riesgos inconmensurables para protegerlo. Lo cual hacía decir a Alice que hasta en la noche más oscura había destellos de luz.

33

Sam me había dado cita en un restaurante de Manam del que llevaba hablándome desde el principio del viaje.

—Es el mejor kebab del mundo...

Acepté la invitación sin mencionarle que era vegetariana.

Nos recibió el dueño, un hombre rechoncho que rondaba los sesenta años, con un bigotillo gris y el pelo ralo dispuesto en corona alrededor del cráneo. Sam y él parecían conocerse bien. Antes siquiera de que pidiésemos nada, la mesa ya estaba cubierta de platos: kebab sobre un lecho de pan de pita caliente, una ensalada, tomates y pimientos asados.

Sam insistió en que tomara un ayran, esa bebida a base de yogur a la que atribuyen toda clase de propiedades medicinales. Téta la tomaba con frecuencia y decía que era el secreto de su longevidad. Acepté por educación y enseguida me arrepentí. Prefiero morir un poco más joven a beber esa leche ligeramente agria.

—Tienes que ir a Diyarbakir para que veas cómo la ciudad ha vuelto a sus orígenes armenios. Si quieres mañana te acompaño. Si no, ¿qué te gustaría?

Sam sonreía. Cuando entrecerraba los ojos se le formaban patas de gallo en las sienes. No me atrevía a decirle lo que la pregunta había suscitado en mí espontáneamente. Deseché al instante aquella respuesta inconfesable.

Una idea me rondaba por la cabeza desde el día en que Jalé Anisé me había enseñado la que ella creía que era la casa de mi abuela.

—¿Y si vamos a llamar a la puerta de esa casa? Siento curiosidad por ver cómo es por dentro y saber quién vive en ella...

—Vale. Yala!

Cuando acabamos de comer, descendimos hacia la calle El-Hayat. Reconocí la casa, la herrumbrosa puerta de hierro forjado, los muros decrepitos y sus grafitis.

—Aquí es... Voy a hacer más fotos. Las que saqué me salieron mal. Borrosas y mal encuadradas.

—Deja que te haga una delante de la puerta, ¿quieres?

Acababa de situarme delante de la casa cuando una señora mayor vestida con un hiyab de estampado floral en tonos rosas cargada con varias bolsas se acercó. Me dijo algo en kurdo. ¿Le molestaba que tomáramos fotos? No estaba segura de haber entendido bien.

Sam se presentó a la señora. Le explicó que yo estaba tratando de encontrar la casa de mi abuela, que había huido de Manam cien años atrás.

—Le han dicho que era esta...

—¡Oh!... Yo vivo aquí. Se lo ruego, vengan a tomar el té. Se nos quedó mirando con esa expresión que tiene la gente en las películas cuando acaban de ver a un fantasma. Una mezcla de espanto y fascinación.

No podía creer lo afortunada que era. La puerta se había abierto ante mí sin que hubiera tenido que llamar.

Nos instalamos en el patio interior. La señora arrastró unas sillas de plástico blanco. Intercambiamos un par de banalidades y de sonrisas crispadas antes de entrar de lleno en el asunto. Saqué la foto de la primera comunión del bolso. La señora hizo preguntas sobre Téta. Sam traducía. Mientras la escuchaba, me preguntaba si estaría traduciendo el horror en su totalidad.

Cuando vi que la señora rompía a llorar, comprendí que sí. Se me acercó. Me estrechó en un largo abrazo pronunciando palabras que yo no entendía.

Miré a Sam estupefacta.

—Dice que pide perdón. En nombre de sus antepasados. Dice que su abuelo le contó retazos de la tragedia. Desde entonces, esa historia la atormenta.

La señora se dirigió al salón y volvió a salir con una caja de cobre. Hacía muchísimo tiempo había descubierto un compartimento secreto en uno de los muros de la casa. En el compartimento encontró aquella caja. Su abuelo le explicó que antiguamente todas las casas del barrio habían pertenecido a armenios. En 1915 los habían asesinado y habían saqueado sus bienes. Antes de morir, algunos habían escondido joyas y objetos de valor.

La señora me entregó la caja con los ojos llenos de lágrimas.

—Siempre pensé que algún día alguien vendría a buscarla.

Es tuya —tradujo Sam.

Ella tomó mi mano temblorosa y me miró a los ojos.

—Lo siento. De verdad que lo siento.

34

Jalé Anisé me había dicho: «A la derecha de la iglesia, la tercera puerta a la izquierda». Fui hasta allí después de de-sayunar. Llamé a la puerta. Esperé a que me abrieran. Llamé otra vez, un poco más fuerte. Nada. ¿Me había equivocado de puerta? Eché una ojeada alrededor. Un burro cargado hasta los topes golpeaba los cascotes contra la piedra. Delante de él, un hombre lo arreaba tirando del ronzal. Entonces una señora con un vestido azul, la cara angulosa y arrugada, salió al balcón.

—¿A quién buscas?

—A Jalé Anisé.

—¡Ha ido a hacer la compra! Vuelve dentro de media hora.

Entretanto, fui a la iglesia. La puerta de madera en forma de arco estaba entreabierta. La iglesia, desierta. En el aire flotaba un aroma a incienso. Me senté en un banco al fondo. Cerré los ojos y pensé en aquel viaje. Gracias a las personas con las que había hablado tenía la impresión de entender mejor la parte de sombra que había en Téta. Aquella tristeza en lo más recóndito de su mirada, incluso cuando sonreía.

Había ido hasta allí con la esperanza de llenar un vacío.

¿Lo había conseguido? ¿Qué contenía aquella caja de cobre que no me atrevía a abrir, una respuesta o una pregunta?

Me levanté para encender una vela. Luego volví sobre mis pasos y llamé otra vez a la puerta. Ya había regresado Jalé Anisé. Al verme, esbozó una sonrisa.

—¡Vaya, aquí estás...! Ahlan u sahan. Bienvenida. Ven a tomarte un café.

El interior de la casa, tan ordenado como abarrotado, me recordaba al de la casa de Téta en Montreal. Alfombras persas en el suelo. Muebles de madera que cubrían unos pañitos de encaje blanco. Imágenes piadosas en la pared. Cerca de la ventana de la cocina colgaba una guirnalda de cheradins, aquel chorizo armenio que mi abuela también preparaba.

Los postigos estaban cerrados. Solo un minúsculo rayo de sol había conseguido filtrarse en el cuarto, dividiendo en dos la cara cubierta de arrugas de Jalé Anisé. Un lado oscuro, el otro luminoso.

—¿Qué tal tu estancia?

Jalé Anisé me cogió de la mano como si fuera una niña y me pidió que me sentara.

Le conté que después de que se fuera había conocido a la gente que vivía en la casa natal de mi Téta y que me habían entregado una caja de cobre.

—No me he atrevido a abrirla. No sé si debería...

Se produjo un largo silencio. Jalé Anisé me miraba fijamente a los ojos, como sondeándome el alma.

—Puede que lo que te voy a decir, habibti, no sea lo que deseas oír. Pero es lo que me ha enseñado la vida. Nadie sabe si su luz arderá hasta mañana. No pierdas el tiempo con los muertos. Cuando el muerto descansa, deja que descanse su memoria. Aprecia la vida y ve en paz.

35

A quienes le preguntaban si no tenía ganas de volver a «su» país, Téta siempre contestaba:

—¿A qué país? Mi país está aquí. Mi país está donde se encuentra la felicidad de mis hijos.

Se había acostumbrado a no ser del todo de aquí ni de ningún otro lugar. Para ella lo único importante eran los vínculos creados por el camino.

Pertenecía a una generación que había tenido que hacer muchos sacrificios por los que vendrían luego. Tuvo que hacerse a un nuevo país, a una nueva lengua... Tuvo que hacerse al invierno. A la soledad.

Dos meses después de haber puesto todas sus esperanzas en Canadá, Gedo sintió un dolor agudo en el pecho. Téta lo encontró tendido cuan largo era sobre las baldosas rosas del cuarto de baño. Fulminado por un infarto. Téta decía que había sucumbido al estrés de la inmigración... Si fuera cierto, eso significaría que Gedo sobrevivió a un genocidio pero no a la travesía del Atlántico.

Cuando en invierno Montreal tiritaba de soledad, a Téta le daba por maldecir al primer armenio que había tenido la idea de inmigrar a Canadá. Antes incluso de que se pusiese de moda el índice de enfriamiento eólico, ella había inventado el índice de enfriamiento armenio. Según sus misteriosos cálculos me-teorológicos, veinte grados bajo cero equivalían siempre a cuarenta bajo cero. «Nahes arbhine!», les gritaba a sus nietos que, como buenos montrealeses, se ponían el gorro a regañadientes.

—¿Me quieres decir quién fue el majnun que nos trajo has-ta aquí?

¿Por qué diantres lo había seguido su marido? ¿Por qué Montreal? ¿Por qué no Marsella, donde hay una importante comunidad armenia? ¿Por qué no una ciudad en la que sus viejos huesos podrían haber estado calentitos?

Como en su canción preferida de Robert Charlebois, la-mentaba que el explorador Jacques «Carrtier» no hubiera na-vegado al «rrrevés del invierrno». No le habría desagradado una calle Sherbrooke flanqueada de cocoteros y un parque Mont-Royal cubierto de plátanos...

Nunca vistió pantalones. No los consideraba lo bastante elegantes para ella. Pero siempre sospeché que en su mente llevaba uno puesto.

Habría sido una detective excelente, como la miss Marple de las novelas de Agatha Christie. Una detective con falda que habría resuelto los crímenes tricotando y engatusando a sus informado-res a base de cucharadas de mermelada de pétalos de rosa o con un par de klichés. Una mano de hierro bajo una bandeja de dulces.

Aunque no se cortaba un pelo para criticarlos, estaba orgullosa de sus hijos y de sus nietos.

Sus bisnietos no dejaban de maravillarla. Eran su América. Gracias a ella, todos tenían la suerte de vivir libres, en un país en paz. Un país donde todo era posible. Donde sus bisnietas tenían tanto derecho a la felicidad como sus bisnietos. ¿Hay algo más valioso en el mundo? Al ver las manitas regordetas de ellos entre sus arrugadas manos, se decía que al final todos aquellos sacrificios no habían sido en balde. Y que el primer imbécil que la había conducido hasta aquel país era un visionario. Aquel majnun no estaba tan majnun.

Yo, nieta de refugiados que fueron testigos del horror, no sé nada del exilio ni de la guerra. No sé nada de la increíble fuerza que hace falta para volver a levantarse y creer en lo mejor después de haber visto lo peor. Pero soy consciente de lo afortunada que soy. Sé que si las personas que acogieron a mis abuelos hubieran elegido el miedo en lugar de tenderles la mano, ellos no habrían sobrevivido.

Recordar su peripecia vital supone una lección de humildad. Más que nunca, siento que pertenezco a una generación de privilegiados. La generación de quienes tienen el lujo de disfrutar del banco que sus antepasados dejaron para ellos al final del camino.

El banco está ahí, delante de mí. Pero no me está permitiendo sentarme en él. Téta me lo prohibiría.

Yala, umi, habibti, umi.

36

De camino a Diyarbakir nos acompañaba de nuevo la voz de Adele.

Hello, can you hear me?

I'm in California dreaming about who we used to be

Ya habíamos tomado aquella carretera la noche de mi llegada. Pero en sentido inverso, bajo la luz fuerte de la mañana, se me antojaba distinta. La misma banda sonora, otro sonido. ¿O acaso mi manera de mirar había cambiado?

Nos acercamos a la fortaleza de Diyarbakir.

—La ciudad ha sufrido mucho en los últimos tiempos. En-tre los toques de queda y la represión, la situación es difícil. Pero no te preocupes, me han dicho que estos días la cosa está tranquila.

Sam había pasado mucho tiempo en Diyarbakir con el rodaje del documental sobre su abuela y los armenios islamizados de la misma generación. Desde hacía algunos años, las lenguas se soltaban en torno a las historias ocultas de los armenios, que a principios del siglo XX constituían la mitad de la población de la ciudad. Cien años después solo quedan unas pocas familias que resisten.

Nos detuvimos ante una iglesia situada en una tortuosa calle del casco antiguo. La iglesia de basalto, de un negro volcánico, en ruinas desde 1915, se había convertido en un símbolo de la reconciliación entre los armenios y los kurdos después de que la restauraran diez años atrás. Allí, Sam había asistido al bautizo de una armenia islamizada que había decidido abrazar la religión de sus antepasados. Tras la muerte de su padre, la mujer había descubierto que tenía orígenes armenios. En el registro civil, mientras hacía los trámites de rigor, se dio cuenta de que habían tachado el nombre de pila

«Arto» y en su lugar habían escrito «Hasán», el nombre por el que siempre se había conocido a su padre.

Desde entonces, intentaba reunir los pedazos de su identidad.

Sam me explicó que, hasta donde él recordaba, aquella iglesia carecía de tejado y de campanario. Ahora el campanario se alzaba con elegancia, no muy lejos de un alminar, dispuesto a afrontar el pasado.

La restauración de la iglesia, auspiciada por el ayuntamiento pro kurdo de Diyarbakir, supone un gesto de reconciliación por parte de los kurdos. A diferencia de las autoridades turcas, que andan atareadas borrando del mapa cualquier rastro que no sea turco, los kurdos reconocen

su responsabilidad en el genocidio. Volver a dar vida a esa iglesia era una forma de decir: «Nuestros abuelos cometieron crímenes. Pero nosotros no los imitaremos».

—En la región, los armenios decían: «Nosotros somos el almuerzo. Vosotros seréis la cena».

La puerta de arco de la iglesia estaba abierta. Sam había avisado al guardián de que pasaríamos por allí.

Delante de nosotros, un gato negro se coló dentro. Con paso seguro, como si tuviera un objetivo preciso en mente. La iglesia se hallaba desierta. Al fondo del todo había un anciano sentado en un banco, con una expresión pensativa. Vestía una camisa blanca y un salvar, ese pantalón amplio y abombado en la entrepierna.

—¡Anda, si es don Ahmet! Estupendo. Precisamente quería presentártelo...

El hombre nos saludó con un gesto sutil de la mano y nos invitó a sentarnos a su lado.

Sam nos presentó.

—Don Ahmet es un armenio musulmán. Desde que se enteró, viene todas las semanas a recogerse en esta iglesia.

Sam había entrevistado a don Ahmet en su documental.

—A mi padre lo bautizaron en esta iglesia. Vengo cuando puedo. Cada 24 de abril enciendo una vela. Aquí me siento en paz.

Hizo una pausa antes de declarar con tono solemne:

—Soy armenio y musulmán. Soy un armenio del silencio. Ya era un hombre cuando lo averiguó. Era un secreto familiar. El secreto peor guardado de todos.

Cuando era niño hubo indicios. Un día, un vecino le dijo:

—¡Ven aquí, hijo de armenio!

Él lo percibió como un insulto. Le pidió explicaciones a su padre.

—Algún día te lo explicaré.

—Esperé y esperé. Pero ese día no llegaba.

Don Ahmet decidió enfrentarse a su padre. Lo obligó a quebrar el silencio, no sin dificultad. Había pasado el tiempo. El miedo y el dolor no habían desaparecido. Él había perdonado. Pero no había olvidado.

Su padre le contó cómo, en la primavera de sus diez años, habían asesinado a sus padres. Lo separaron de sus hermanos y hermanas y fue adoptado por una familia de campesinos kurdos. Cambiaron su nombre armenio por el de Mehmet. Su padre adoptivo se propuso educarlo en la fe musulmana.

—Mi padre se convirtió en un buen musulmán. Pero durante algunos años siguió leyendo la Biblia en secreto. Hasta el día en que decidió que le bastaba con una sola religión.

Dio el siguiente consejo a su hijo:

—Nunca le digas a nadie que tienes ascendencia armenia, Ahmet. No dejes que nadie sepa que somos lo que llaman

«restos de la espada».

Él nunca lo mencionó. Pero ¿de qué servía si todo el mundo ya lo sabía? Cuando su padre se enamoró de Zana, hija de unos labradores kurdos, estos se negaron a que la desposara. Su hija no podía casarse con un armenio de ninguna de las maneras.

Mehmet y Zana se fugaron juntos. Vivieron su amor a salvo de las miradas reprobatorias del pueblo.

—Se querían. Se querían de verdad. Después de la muerte de mi madre, mi padre no volvió a casarse. Un día tropezó mientras recitaba el namaz, la oración islámica. Postrado en la cama tras la caída, empezó a sufrir alucinaciones. Veía a mi madre y hablaba con ella. Como cuando tenían veinte años y habían huido juntos. Le recitaba poemas. «Zana, amor mío, espérame...». Esas fueron sus últimas palabras.

Se oyó el cántico del almuédano. Don Ahmet se levantó.

—Discúlpenme, tengo que ir a rezar. Me alegra haberla conocido. Vaya en paz.

Salió de la iglesia para ir a la mezquita.

37

Antes de regresar, paramos en un salón de té con un bonito patio interior. La conmovedora historia de don Ahmet había removido algo en mi interior.

Desde mi ruptura con Max, mi vida amorosa no era más que decepción. Los amantes pasaban y me dejaban un va-cío. Terminé por apreciar mi soltería por encima de todo. Me empleaba a fondo en mi trabajo, que me encantaba. Pero, de repente, por primera vez en mucho tiempo, bajaba la guardia de mi soledad asumida. Me pregunté cuánto tardaría en atre-verme a hablarle de ello a Sam.

Era media tarde. Volvimos a tomar la carretera entre Diyarbakir y Manam. Un suave resplandor envolvía los campos. Las ramas de los olivos refulgían al sol como hojas de oro.

Sam iba al volante. Yo a su lado. Él hablaba. Yo escribía. Me preguntó si no me mareaba escribir en el coche.

—Sí, pero tengo miedo de olvidar.

Así que emborronaba las páginas de mi cuaderno de viaje mientras él hablaba solo, señalando hacia el sur.

—La frontera turco-siria está a solo unos kilómetros. Es una lástima que no podamos ir a Alepo, como te hubiera gustado. Tendrás que volver cuando haya paz.

Cuando dijo «Alepo», levanté la cabeza como quien emerge de otro mundo.

¿Cómo imaginar que a dos pasos de allí, o casi, bajo aquella misma luz, detrás de las alambradas de la frontera, Siria no era más que una hoguera? ¿Y cómo imaginar la paz después de tamaña carnicería?

Volví a abstraerme en el cuaderno. Alcé la cabeza en el momento en que un anciano cruzaba la autopista. En la cabeza, una boina. La espalda encorvada, apoyado en un bastón. Llevaba una bolsa llena a reventar de vituallas. Es probable que regresase del mercado. Caminaba a paso lento, con pinta de estar perdido en sus pensamientos, como si la autopista fuera un calvero.

Grité como gritan quienes ven la muerte. Sam frenó con todo su peso. A nuestra derecha, un autobús. A nuestra izquierda, un camión. Todo fue muy rápido. Pero en mi mente las imágenes siguen desfilando sin cesar a cámara lenta. El anciano proyectado sobre el capó. El parabrisas volando en pedazos. El camión embistiendo el coche. Y el tiempo, detenido en un silencio mortal.

Vi sangre chorreando por el brazo de Sam.

Él abrió la portezuela... Y lo vio. Tendido junto al coche. Respirando fatigosamente, como un pez sacado del mar, con las branquias trémulas.

Sam se puso a gritar. Yo permanecí inmóvil en el asiento, cerré los ojos. Tenía la nuca, los vaqueros y la camiseta cubiertos de astillas de vidrio que centelleaban.

El anciano yacía en el suelo, su mano arrugada cubierta de sangre junto a la rueda delantera izquierda del coche. Sus dedos se movían como si trataran de atrapar los albaricoques que se habían salido de la bolsa.

Sam se arrodilló a su lado. Lo tomó de la mano. Casi sin voz a causa de los sollozos, le suplicó que no muriera. Los párpados entrecerrados del hombre temblaban. La sangre le resbalaba muñecas abajo hasta alcanzar el asfalto ardiente.

Una multitud se arremolinó en torno a la escena.

—¡Llamad una ambulancia!

Los viandantes empezaron a grabar con el móvil. Policía.

Ambulancia. Test de alcoholemia para Sam. «Sople aquí».

Yo seguía inmóvil, en estado de shock.

Trasladaron al anciano al hospital mientras un agente con bigote nos condujo a la comisaría en el coche con el parabrisas reventado. Del trayecto solo recuerdo un detalle: los limpiaparabrisas que se agitaban frenéticamente sobre el cristal hecho añicos. Como si intentaran ahuyentar el espanto.

En la comisaría, otro bigotudo con uniforme y la metralle-ta terciada nos invitó a sentarnos. Estábamos en una estancia vacía donde se alineaban bancos de esos tan incómodos como los que hay en las estaciones. En la pared, un viejo reloj escacharrado se había detenido un día a las tres y treinta y tres. Sam llamó por teléfono a su hermano para que viniera. Se echó a llorar al describirle el accidente. El anciano delante. El autobús a la derecha. El camión a la izquierda. El impacto. El horror.

Araz guardó silencio. Seguramente nunca había visto a su hermano tan alarmado. Trató de disimular su desazón con consideraciones pragmáticas.

—Tienes el seguro al día, ¿verdad?

—¡Cierra la boca, Araz! Hay un hombre gravemente herido, puede que muerto, ¿y tú me vienes con lo del seguro?

Salió a fumar un cigarrillo, dejándome sola con mi pena en aquel banco incómodo. No podía apartar la vista del reloj, que seguía dando las tres y treinta y tres.

El sol se puso sobre las colinas de Manam. El cielo en lla-mas fue atenuándose. Las noticias del hospital llegaban con cuentagotas. El anciano se llamaba Hagop. Era un agricultor armenio de ochenta y un años del pueblo vecino. Se encontraba en estado crítico. Habían llamado a sus hijos para que acudieran junto a él. Se temía por su vida.

Transcurrió una eternidad. Luego sonó el teléfono de uno de los bigotudos. El hombre frunció el ceño. Supuse que era el hospital. Al otro lado de la línea se hallaba la muerte.

El bigotudo nos miró con lástima.

—Que Dios guarde su alma.

Condujo a Sam a la celda donde debía pasar la noche. Tratarían el accidente como un homicidio hasta que un juez se pronunciara al respecto.

Araz se ofreció a acompañarme al hotel. En el coche no cruzamos una palabra. Le di mi número. Prometió mantener-me informada en cuanto supiera algo.

Me tomé un vaso de arak en la terraza del hotel. Me temblaba la mano. El hombre de la

primera noche, el que desgranaba el masbaha, estaba otra vez allí. También las tres tortugas a sus pies. La cabeza me daba vueltas. Apuré el vaso y fui a encerrarme en la habitación.

No pude dormir en toda la noche. Las imágenes del accidente pasaban una y otra vez por mi mente.

38

Al alba recibí un mensaje de Araz. «My dear Lea. Please call me when you can. Something has happened».⁶

Sentí que me daba un vuelco el corazón. Debía de ser gra-ve. La clase de noticia que no se da por mensaje.

Llamé a Araz de inmediato. Tenía la voz de un hombre roto. Estaba junto a la cabecera de la cama de Sam. En mitad de la noche, lo habían hallado inconsciente en el suelo de la celda. Lo habían ingresado de urgencia en el hospital.

Araz me envió las indicaciones para llegar hasta allí y me dijo que lo telefonara cuando llegase. Fui corriendo a la recepción del hotel y le pedí al portero que me llamara un taxi.

Entré en la habitación de hospital con el corazón a mil por hora. Sam estaba acostado, con los ojos cerrados y la cabeza en alto. Tenía un tubo en la boca, cubierta con una venda casi a modo de mordaza.

En la habitación reinaba un silencio abrumador. Más abrumador era el sentimiento de culpa que me asolaba. Sam había tomado aquella carretera por mí. Y yo no paraba de decirme: y si, y si, y si...

Los padres de Sam, las facciones desencajadas, estaban sentados uno al lado del otro en las únicas sillas de la habitación. Me saludaron con un gesto de cabeza. El padre, que tenía el ceño fruncido y una mirada sombría, desgranaba nerviosamente un masbaha. Vestía la misma camisa de rayas y el mismo pantalón beis raído que durante mi visita al olivar. La madre, los ojos enrojecidos y un pañuelo rosa puesto con prisas sobre la melena gris, parecía recitar unas oraciones en voz baja.

Araz me dijo que el guardián lo había llamado de madrugada para comunicarle la noticia. En el hospital, los médicos le explicaron que el coma se debía a un grave hematoma cerebral causado por un traumatismo craneal. Tuvieron que operarlo con urgencia para evacuar la sangre. Las siguientes cuarenta y ocho horas serían críticas.

Yo lo escuchaba incrédula. Si tan grave era, ¿por qué no había mostrado Sam ningún síntoma después del accidente?

¿Cómo es que un traumatismo como aquel podía permanecer invisible?

A Araz le explicaron que en ocasiones los síntomas tardan algunas horas en manifestarse. Hasta que se acumula una cantidad suficiente de sangre y esta comprime el cerebro. No se sabía cuánto tiempo había transcurrido entre el momento en que Sam había perdido el conocimiento y el momento en que el guardián lo había encontrado inconsciente. Pero el escáner parecía indicar que los daños eran considerables.

No me atrevía a preguntarle por el pronóstico. Tal vez ni él mismo se había atrevido a hacer la pregunta.

Le habían entregado una bolsa de plástico que contenía los efectos personales de Sam —su cartera, sus gafas de sol, su teléfono, un paquete de tabaco—, así como otros objetos hallados en el lugar del accidente.

—This is for you, I think.⁷ —dijo tendiéndome el cuaderno.

La única página que me importaba era la que no había podido escribir.

39

Tomé un café en la terraza del hotel mientras contemplaba el horizonte. En el cielo mudo seguían chillando los vencejos negros. Como alumnos revolucionados un día de ventisca. Pensaba en lo que Sam me había dicho mientras los observaba en el olivar. En la idea de que a veces una caída vertiginosa es la única manera de levantar el vuelo. Me parecía hermoso. Pero ¿era cierto?

Cuando me terminé la taza, la volteé sin pensar. Aguardé unos minutos. Luego la coloqué boca arriba y puse el pulgar en los posos. Inspeccioné con detenimiento los surcos que aparecieron en las paredes de la taza. Un laberinto sombrío cuya salida debía encontrar.

Un camarero de barriga prominente, embutido en un terno blanco demasiado ajustado, se acercó a mí.

—¿Todo bien, señora?

—Sí, todo bien, gracias.

—¿Otro café?

—No, gracias.

Se llevó la taza vacía y el reguero parduzco en el que tontamente había buscado un camino que seguir. Incómoda, me puse a hojear mi cuaderno de viaje para disimular. Hasta que el móvil empezó a vibrar. Un mensaje de Araz. Me estaba esperando delante del hotel. El día anterior le había explicado que quería asistir al funeral del anciano armenio. Él me ha-bía mirado de un modo extraño, pero enseguida se ofreció a acompañarme.

La ceremonia tenía lugar en la iglesia del pueblo natal de Hagop, no muy lejos del lugar del accidente. Al volver a ver la carretera donde había sucedido todo, me puse a temblar. Pensé en Sam. En el violento contraste entre lo que habría podido suceder y aquellas fracciones de segundo en que todo se ha-bía detenido. Me costaba respirar. Araz propuso que diéramos media vuelta. Nadie se molestaría si no asistía al funeral. Yo repetía, como para convencerme: «No pasa nada, no pasa nada».

La iglesia estaba de bote en bote. Allí conocimos a la viu-da, los hijos y los nietos de Hagop. Ignoraba lo que sabían sobre las circunstancias que rodeaban al accidente. Temía que me lo reprocharan. Temía mucho más su mirada que sus palabras. Pero dieron muestras de una dignidad ejemplar. Me ofrecieron su hombro como si fuera uno de los suyos. Hasta el punto de que en un momento dado no se sabía quién consolaba a quién.

Nos sentamos en la última fila, al lado de una niña de mi-rada maliciosa que me dedicaba amplias sonrisas.

No comprendí una palabra del responso. Pero el coro de niñas me puso los pelos de punta.

Durante la ceremonia pensé en mi tío abuelo en Alepo, que había asistido al funeral de un joven al que luego habían encontrado vivo. La noche anterior había vuelto a leer su carta, que había deslizado entre las páginas de mi cuaderno. Y, aunque sé que es una estupidez, esperaba que el mismo milagro se produjera ante mis ojos. Esperaba sentir la mano de Sam en el hombro y que me dijera benevolente: «¿Por qué nos lloras, no ves que estamos aquí?».

Tras la ceremonia, seguimos a los hombres que cargaban con el ataúd. En la cabecera de la procesión, el nieto de Hagop sostenía un retrato de su abuelo rodeado de gerberas blancas. Sereno y sonriente, como si partiera con el alma en paz. «Le había llegado la hora —dijeron los hijos—. Era su destino».

En cuanto a mí, debía volver a Montreal. Me habría gustado postergar mi marcha hasta que Sam despertara. Pero Araz, que el día anterior había hablado largo y tendido con el médico, me dio a entender con medias palabras que era inútil. Tener esperanza, sí, siempre. Esperar, no.

Íbamos camino del aeropuerto cuando le pedí que hiciera una última parada en el hospital.

—Are you sure?⁸—me preguntó, echando un vistazo a su reloj. Le supliqué con la mirada.

—OK, let's go. But we don't have much time.⁹

Araz me esperó en el pasillo, delante de la habitación. Sam estaba solo, sumido en el coma, con sus tubos y sus máquinas. Me acerqué muy despacio y le tomé la mano. Me pareció que le temblaban los párpados. Con las mejillas bañadas de lágrimas, me despedí de él. Lo besé en la frente y salí de la habitación sin volverme.

Recordé las sabias palabras de Jalé Anisé: «Nadie sabe si su luz arderá hasta mañana».

Araz me cogió por el hombro.

—We must keep hope.¹⁰

Tenía los ojos empañados. No tanto como yo.

—You have kohl on your cheek.¹¹

Sacó un pañuelo del bolsillo y me lo pasó por la mejilla con delicadeza.

Lo abracé.

En el avión, hurgando en el bolso en busca de los auriculares, de repente rocé con los dedos el plástico rugoso de la funda del DVD de Sam. Estaba entreabierta. Dentro, en una tarjetita de cartón, descubrí una dedicatoria escrita con bolígrafo azul.

«Nada puede desviar el destino del camino trazado. Felicidad o desgracia, todo sucede por algún motivo. Sam. Besos».

40

Mi regreso a Montreal coincidió con el aniversario de la muer-te de Téta. El desfase horario me sacó de la cama antes de que despuntara el sol. Philo, enroscado como si no se hubiese movido de allí en dos semanas, aún dormía. El día anterior, al verme llegar al piso me había recibido con ese aire suyo de falsa indiferencia tan reconfortante.

Tomé un café mientras observaba la caja de cobre que había traído de Manam. La había dejado sin abrir en el alféi-zar. A las nueve pasé por la floristería antes de ir al cementerio andando. Quería poner unas rosas en la tumba de Téta.

Bajo un cielo de verano, el cementerio de Notre-Da- me-des-Neiges cobijaba a muertos y vivos.

Hacía más de una hora que vagaba sola cuando oí pasos a mis espaldas. Me encontraba en un bonito sendero que conducía a la ladera norte de la montaña. Me volví. Una señora de unos sesenta y pocos llevaba unas rosas blancas dentro de una bolsa de plástico transparente. En su cara crispada percibí una mezcla de inquietud, cansancio y tristeza. No sabría decir qué le pesaba más.

No me atreví a turbar su soledad. Uno va al cementerio para hablar a los muertos, no a los vivos.

Continué mi camino. Oí que los pasos de la señora hollaban la gravilla y se aproximaban a los míos. Después oí su voz. Una voz aguda que buscaba desesperadamente a los vivos.

—Excuse me. I'm lost. You help me? I can't find exit.¹²

A decir verdad, yo también estaba un poco perdida. Pero hice como que conocía el camino.

Nos cruzamos con un joven padre sonriente y ojeroso que llevaba a su hijo en un portabebés.

—¿La salida es por ahí? Sí, por allí era.

La señora hablaba con acento eslavo. Tenía los ojos enrojecidos. En las mejillas, unas gotitas de sudor y un rasguño que le resaltaba el ojo izquierdo con una fina línea rojo san-gre, completamente recta, como si la hubieran trazado con la regla. Seguramente por las espigas de las rosas.

Atravesamos un sendero cubierto de una espesa capa de musgo. El paisaje viraba del verde al blanco. Parecía nieve ex-traviada en pleno verano. O esas imágenes algodonosas que crean en las películas para representar el paraíso.

Creí percibir lágrimas en sus ojos. En su voz, un atisbo de negación.

—It's allergies.¹³

Se disculpó por su pésimo inglés.

—I don't speak good. But I understand.¹⁴

En una lengua vacilante, me contó que era de Ucrania. Quería dejar unas rosas en la tumba de una amiga de la infancia. Había llegado al cementerio al amanecer. Llevaba horas recorriéndolo. Había dado con la parte ucraniana. Pero ni rastro de su amiga. Había buscado y buscado, perdida en el laberinto del cementerio, acongojada a causa de todos aquellos muertos desconocidos.

—I can't find my friend... Now, I can't find exit.¹⁵

Sentí el impulso de abrazarla. De contarle lo de la vasija...

Pero no me atreví.

Me ofrecí a guiarla hacia los vivos.

—Don't worry. Follow me.¹⁶

AGRADECIMIENTOS

Doy las gracias a todas las personas estimulantes que, en Montreal, Nueva York, Estambul o Alepo, en torno a un café o a un té, han alimentado mi memoria y mis reflexiones.

Este libro es una obra de ficción; desafortunadamente, su telón de fondo —el genocidio armenio, que en 1915 provocó el exterminio de un millón y medio de personas, entre ellas varias ramas de mi árbol genealógico— no lo es. Se inspira en hechos reales, extraídos, sobre todo, de los ensayos *Mémorial du génocide des Arméniens* [Memorial del genocidio armenio] (Seuil, 2014) y *Mardin 1915*, del historiador Yves Ternon (Geuthner, 2007).

También se basa en el relato del periodista Aram Andonian y en otros tantos testimonios recogidos en la base documental sobre el genocidio armenio «imprescriptible.fr». El fragmento de las memorias de Celal Bey, en el capítulo dieciséis, proviene asimismo de esa base documental.

Los cuentos que salpican la historia están inspirados en *L'Histoire des bimaristans à l'époque islamique* [La historia de los bimaristanes en la época islámica] (Amed Isa Bey, El Cairo, Imprimerie P. Barbey, 1928), *Bîmâristâns, lieux de folie et de sagesse* [Bimaristanes, lugares de locura y sabiduría] (François Cloarec, L'Harmattan, 1998) y *Sagesse des contes soufis* [Sabiduría de los cuentos sufís] (Oscar Brenifier e Isabelle Millon, Eyrolles, 2013).

Las historias sobre los armenios islamizados se basan en el *Livre de ma grand-mère* [El libro de mi abuela] (Feziye Çetin, Parenthèses, 2013) y en *The Sounds of Silence II - Diyarbakir's Armenians Speak* [Los sonidos del silencio II - Los armenios de Diyarbakir toman la palabra] (Ferda Balancar, Hrant Dink Foundation, 2013).

Las referencias a Agatha Christie se han tomado del relato de su viaje a Oriente Próximo, *Ven y dime cómo vives* (Tusquets, 1987).

El pasaje del poema «Promenade du soir» [Paseo nocturno] de Nazim Hikmet citado en el capítulo diecisiete está sacado de la antología *Duro oficio el exilio* (El Bardo, 2002).

NOTAS

¹ dG: después del Genocidio.

² Jalil Gibrán, El profeta, traducción de Mauro Armiño, Madrid, Edaf, 2010. (N. de la T.)

³ Sam me ha hablado un montón de ti.

⁴ ¡Eh, chicos! Esta es Léa, de Canadá.

⁵ Estarás más cómoda.

⁶ Querida Léa. Llámame en cuanto puedas, por favor. Ha ocurrido algo.

⁷ Creo que esto es para ti.

⁸ ¿Estás segura?

⁹ Vale, vamos. Pero no tenemos mucho tiempo.

¹⁰ No debemos perder la esperanza.

¹¹ Tienes kohl en las mejillas.

¹² Disculpe. Estoy perdida. ¿Usted ayudarme? No puedo encontrar salida.

¹³ Son las alergias.

¹⁴ No hablo bueno. Pero entiendo.

¹⁵ No encuentro mi amiga... Ahora no encuentro salida.

¹⁶ No se preocupe. Sígame.